



TESINA

REENCUENTRO CON MI IDENTIDAD MAZAHUA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

**LICENCIADA EN LA LICENCIATURA EN EDUCACIÓN
INDÍGENA**

Presenta

Alicia Estrada Nava

Asesora: Dra. Gisela V. Salinas Sánchez

Ciudad de México, junio de 2019.

REENCUENTRO CON MI IDENTIDAD MAZAHUA

AGRADECIMIENTOS

A la vida, por ser la guía y luz que alimenta mi alma y fortalece mi espíritu en este largo camino.

A mis padres por darme la vida, por haberme dado las alas para poder volar. Gracias a ello soy una mujer luchadora y trabajadora para conseguir mis metas.

A mi hermano Samuel por su apoyo incondicional en este gran proyecto, por sus palabras.

A mí amigo Manuel por sus consejos, por su confianza y apoyo, por creer en mí en los momentos de flaqueza y por su amistad.

A Raymundo, quien ha estado conmigo en los momentos más difíciles de mi vida, brindándome su apoyo y su confianza.

A las profesoras por su paciencia y por brindarme la orientación para poder llevar a cabo esta investigación.

A mi amiga Cecilia por su amistad y su compañerismo.

ÍNDICE	4
Introducción	5
Capítulo 1. Mis primeros años en San Pedro El Alto.	13
1.1 Recuento histórico de la comunidad mazahua San Felipe del Progreso y San Pedro El Alto.	13
1.2 La construcción de las tradiciones desde una perspectiva cultural, principio y diálogo de la comunidad de San Pedro El Alto.	16
1.3 Orígenes familiares: mis padres y sus historias entrelazadas.	22
1.4 Mi infancia en la comunidad de San Pedro El Alto: experiencias y proceso de construcción identitaria.	24
Capítulo 2. Mi trayecto escolar y la salida de la comunidad.	32
2.1 Lo referente a la escuela: mi incorporación a la primaria.	33
2.1.1 Primeros aprendizajes escolares.	35
2.1.2 Repercusión de los procesos familiares en el desempeño escolar.	37
2.2. Dificultades de aprendizaje y socialización en un nuevo contexto.	39
Capítulo 3. Mi llegada a la Ciudad de México. El regreso a los estudios.	44
3.1 La irremediable incorporación a una nueva sociedad.	44
3.2 El regreso a la escuela para terminar mis estudios de nivel primario.	48
3.3 Estudiar la secundaria y trabajar.	51
3.4 Mis estudios en el bachillerato.	56
3.5 Mi ingreso a la UACM	59
Capítulo 4. El reencuentro con mi identidad mazahua a partir de mi formación en la UPN.	69
4.1 Mi decisión de ingresar a la UPN en Educación Indígena.	70
4.2 Aprender sobre la importancia de revalorar la diversidad cultural y lingüística	71
4.3 El acercamiento y revaloración de mi origen mazahua.	72
A manera de conclusiones.	76
Referencias bibliográficas.	80

Introducción

El objetivo de este trabajo es realizar un ejercicio autobiográfico, que me permita reflexionar sobre mi trayecto de vida personal que implicó un mestizaje temprano, el cual trajo, entre otras consecuencias, la negación o indefinición de mi identidad y valores originarios.

Mi intención es -mediante un análisis crítico-, determinar las causas de tal situación, y como consecuencia, efectuar un acto de reapropiación o reconstrucción personal que permitan el reencuentro de mi identidad mazahua, grupo originario del cual procedo.

Es pertinente señalar que a partir de la formación académica que he adquiriendo en la Universidad Pedagógica Nacional he tenido la posibilidad de reflexionar sobre mi origen familiar, social, cultural e histórico. Gracias a esto me ha surgido la inquietud por tratar de definir quién soy ahora, a partir de mi proceso de vida, quedándome claro que presentaba una identidad y herencia cultural indefinida. Esta situación me ha motivado a reflexionar al respecto, buscando responder preguntas que nunca me había hecho sobre mí misma, así como a interesarme en reencontrar mis orígenes.

En tal contexto, debo mencionar que mi lugar de origen es el poblado de San Pedro El Alto, perteneciente al municipio de San Felipe del Progreso, en el estado de México. Ahí viví hasta la edad de nueve años, a petición de una maestra. Estando yo en tercer grado, me invitó a trabajar en su casa, luego de que le comenté que mi padre dijo que yo no iría la escuela porque él no tenía los medios para sostenernos. De ahí en adelante, mi vida fue solo trabajo, tanto en San Pedro como en la Ciudad de México, lugar al que me trajo mi amiga Margarita, a la edad de nueve años. Nunca más volví a vivir en mi lugar de origen ni con mi familia.

Ese es el motivo de mi desvinculación, tanto de mi familia como de mi comunidad, tradiciones y costumbres. Y por tanto, la causa de la indefinición de mi propia identidad. Entonces, la comunidad, mi familia y yo misma, serán factores a analizar para cumplir con el objetivo de este trabajo: *el reencuentro con mi identidad mazahua*.

Planteamiento del problema

La situación de precariedad en que han vivido infinidad de pueblos y comunidades a lo largo de nuestro país ha provocado que sus pobladores emigren hacia las grandes ciudades o al extranjero, buscando mejorar sus condiciones de vida. Lo anterior conlleva una serie de inconvenientes para dichos migrantes, tales como padecer discriminación, violencia física o verbal, abuso laboral, rechazo social, etc. Por lo que en su afán de incorporarse a su nueva realidad, de sentirse aceptados, abandonar sus costumbres, renegar de su origen, avergonzarse de su lengua materna y hasta del color de su piel, buscando apropiarse rápidamente de una cultura citadina o urbana que los margina o descalifica, de asumir intereses, gustos, costumbres y necesidades que les son ajenas.

Así, el indígena se vuelve “otro”, olvidando su origen, valores y costumbres. Ante esto, pensar en la reafirmación o rescate de la identidad implica una tarea compleja, una lucha desigual no solo contra una sociedad que lo rechaza, sino también contra un sistema económico y político que insiste en homogenizar a la población, desaparecer diferencias –esto pese a la promulgación de leyes que afirman que somos un país multiétnico y multicultural-, además de pretender terminar con fronteras y naciones bajo el argumento del desarrollo de un mercado mundial.

Por tanto, a partir de un ejercicio autobiográfico –y considerando que nunca me había cuestionado al respecto- pretendo reflexionar de manera crítica sobre los factores personales, familiares, comunitarios y hasta culturales que me llevaron a asumir un mestizaje temprano, lo que implicó un alejamiento de mi identidad étnica y mis valores originarios, los cuales en este momento de mi vida pretendo reasumir con convicción y certeza.

A partir de lo anterior, la pregunta que guiará el presente trabajo es ¿Cuáles fueron las condiciones que me llevaron a alejarme de mi entorno familiar y comunitario, y cuáles son las que me han llevado a buscar reencontrarme y reconstruir mi identidad mazahua? ¿Y por tanto, quién soy en la actualidad?

Justificación

A partir de la formación académica que he ido consolidando en la Licenciatura en Educación Indígena, aunado a mi desempeño laboral en el ámbito educativo

(alfabetización, primaria, secundaria y preparatoria), tanto en la Secretaría de Educación del Gobierno del DF como en alguna fundación privada, he tenido la posibilidad de conocer de cerca la problemática, carencias y necesidades de diversos grupos indígenas y comunidades urbanas de la Ciudad de México. Y consecuentemente, conocer de viva voz lo que son sus creencias, su historia, sus valores, y la manera en que conciben y valoran su identidad. Tal situación me fue llevando a tratar de reconocirme a mí misma, a buscar ahondar en mi propia historia, a cuestionar mi vida y pensamiento actuales, y con ello, a revalorar mi identidad y mi circunstancia actual. Estos factores han sido relevantes para definir la temática desarrollada en esta investigación.

En tal contexto, para interpretar el concepto de identidad recurro inicialmente a Gilberto Giménez (2010), quien nos dice que:

La identidad tiene que ver con la idea que tenemos acerca de quiénes somos y quiénes son los otros, es decir, con la representación que tenemos de nosotros mismos en relación con los demás. Implica, por lo tanto, hacer comparaciones entre las gentes para encontrar semejanzas y diferencias entre las mismas. Cuando creemos encontrar semejanzas entre las personas, inferimos que comparten una misma identidad que las distinguen de las otras personas que no nos parecen similares (p. 2).

Metodología

Para el desarrollo de este tema realicé un trabajo testimonial sobre mi historia de vida y su contextualización histórica; complementariamente revisé bibliografía relativa al tema de la identidad, buscando adquirir elementos que me permitieran reconocer mi trayectoria de vida y delimitar mi posición actual, y con ello, redefinir o fortalecer mi identidad. Al respecto, considero que mi testimonio sobre cómo he asumido mi identidad, puede sustentar el presente trabajo. Para tratar de ser lo más objetiva posible, acudí a la comunidad de San Pedro el Alto, mi comunidad de origen, para entrevistarme con gente del lugar, miembros de mi familia y profesores de educación básica –como un ejercicio de historia oral-. Precisamente, este ejercicio me ayudó a recabar algunas voces que conocieron parte de mi trayecto de vida, testimonios que fueron importantes para dar claridad y certeza en la reconstrucción de mi autobiografía.

Este trabajo me ayudó a efectuar una reflexión crítica sobre mi trayecto de vida, elaborar una reconstrucción histórica personal que implicó un mestizaje temprano, el

cual trajo como consecuencia el distanciamiento de mi identidad étnica y mis valores originarios. Para el desarrollo de esta investigación autobiográfica, mi metodología fue de orientación cualitativa, privilegiando en este proceso de búsqueda estrategias como la **narrativa**, que me permitió estructurar y plasmar la información de mi trayecto de vida, porque posibilita escribir entre otras cosas la historia de un individuo, en este caso, el ejercicio autobiográfico que pretendo desarrollar.

Sobre la narrativa, Man Vanen (1990), plantea que:

El mundo, es conjuntamente la fuente y el objeto de este marco de investigación. La narrativa, como visión (subjetiva) de la realidad, es lo que cuenta. Un enunciado particular puede ser verdadero o falso, pero una narrativa es más que la conjugación de enunciados, construye-en su lugar-un mundo. Su *Verdad* es, como no podía ser menos, resultado de una producción textual. Por eso, una autobiografía o historia de vida no es nunca un registro de lo que sucedió, sino una interpretación (variable, por lo demás, en el tiempo) de nuestra experiencia. (Citado en Bolívar, Domingo y Fernández, 2001, p. 142).

En este sentido, Spence, (1984, 1988) expone dos conceptos que me resultaron claves:

La verdad histórica se refiere a los hechos descritos que narrativamente se corresponden con lo que ha sucedido en determinados espacios y tiempos, que puede ser corroborado de diferentes formas (entre ellas, en la investigación cualitativa). La verdad narrativa, por el contrario, se refiere a lo que le da sentido, captado y expresado con coherencia, verosimilitud, autenticidad o convicción (citado por Bolívar, Domingo y Fernández, 2001, p. 243).

Así mismo, hay que reconocer que la narración es una habilidad que el ser humano ha generado a lo largo de la historia fundamental, para ayudarnos a entender nuestro pasado a través de la creación de memorias autobiográficas.

Igualmente, me apoyé en entrevistas -como otro elemento de la metodología cualitativa- con personas que me conocieron durante mi niñez en la comunidad de San Pedro El Alto, con el fin de conocer aspectos vividos durante mi infancia en dicho lugar.

Al respecto, Thompson (2003) señala que: “la mejor investigación de historia oral es aquella que abarca tanto la comprensión e interpretación de vida individuales como un análisis social más amplio, entre otras palabras la que articula los resultados de la investigación cualitativa” (p.19).

Considero que este trabajo autobiográfico puede ser una posibilidad para comprender parte de la historia de mi persona pero también de otros sujetos. En este trabajo la historia tiene un papel importante, porque me permitirá obtener testimonio de lo que sucedía en mi pasado, por lo tanto tengo la necesidad de buscar respuestas a ese pasado para poder comprender, analizar y registrar no sólo mi historia, sino el vínculo de ésta con la historia de mi pueblo, esperando dejar un evidencia que ayude a esta nueva generación de jóvenes, quienes están en camino de olvidar o rechazar su identidad. Para cumplir tal objetivo, el texto de Graciela de Garay, (2013) *Cuéntame tu vida. Historia Oral: historias de vida*; me permitió reconocer la importancia de la construcción de *historias de vida*, así como la importancia del contexto sociocultural y particularmente del género, para poder adentrarme en mi propia historia como mujer mazahua migrante. Por tanto, dicho texto fue una guía para cumplir mi propósito.

Referentes teóricos

Para definir nuestro marco teórico, en el cual el concepto principal es la *identidad*, tomaré como eje de análisis la obra de Amín Maalouf (1999), *Identidad asesina*, en la que nos expresa que la identidad es el resultado inacabado de un proceso interactivo de construcción y reconstrucción de la individualidad; no es un proceso cierto, ni determinista, ni tan siquiera cambiante, pues nunca volveremos a ser lo que fuimos, en este sentido la entropía, es siempre creciente

Además, me apoyaré en Gilberto Giménez (2010), quien señala que:

La identidad tiene que ver con la idea que tenemos acerca de quiénes somos y quiénes son los otros, es decir, con la representación que tenemos de nosotros mismos en relación con los demás. Implica, por lo tanto, hacer comparaciones entre las gentes para encontrar semejanzas y diferencias entre las mismas. Cuando creemos encontrar semejanzas entre las personas, inferimos que comparten una misma identidad que las distinguen de otras personas que no nos parecen similares (p.2).

También trabajé con el texto *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*, de Maricela Gleizer (1996), el cual aborda el concepto de identidad, entendiéndola como “la forma en que los individuos se definen a sí mismos, la identidad contemporánea se define como un proyecto: más que lo que se es, lo que se aspira a ser. Una construcción del propio individuo sobre sí mismo” (p.78).

Abundando sobre el asunto de la identidad, igualmente consideré recuperar el material de López Villegas (2017), sobre la importancia de “rescatar la identidad cultural, ante un mundo globalizado, en donde, la economía intenta regir todas las actividades del hombre, impone una vida capitalista, un sistema neoliberal, y por tanto, sistemas educativos que respondan a esos objetivos” (p. 1).

A lo que Alberto (1999) complementa señalando que:

La identidad puede eventualmente basarse en un referente cultural, pero la cultura puede cambiar y la identidad mantenerse. Por lo tanto, la presencia de identidades étnicas protagónicas no debe confundirse con la vigencia de las culturas que les dan o daban sustento. (Citado por Domínguez, 2013, p. 84).

Para poder entender el concepto de identidad desde una perspectiva más integral, tenemos que apoyarnos en la historia. Tal como nos expone Villoro (2004).

La historia responde y al interés en conocer nuestra situación presente. Porque aunque no se lo proponga, la historia cumple una función: la de comprender el presente... Pareciera que, de no remitirnos a un pasado con el cual conectar nuestro presente, éste resultara incomprensible, gratuito, sin sentido. Realmente irnos a un pasado para dotar al presente de una razón de existir, explicar el presente. (pp. 36-37).

Asimismo, Bonfil (2004), explica que:

Una historia propia no es sólo necesaria para explicar el presente sino también para fundamentar el futuro. El futuro, en estos casos, es ante todo la liberación, la recuperación del derecho a conducir el propio destino. Una historia expropiada es la cancelación de la esperanza y la sumisa renuncia a cualquier forma desde autenticidad. (p. 234).

Para la contextualización histórica, recuperé la obra de Yhmoff (1979), cronista y humanista, además de abogado originario de San Felipe del Progreso, que se ubica como el pionero en la investigación histórica específica de dicho lugar, que aporta elementos pertinentes sobre la región. Dicho autor también se caracterizó por ser un arduo promotor educativo en la región. De su obra destaca el tomo LXVIII de la Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, dedicado íntegramente al municipio de San Felipe.

Con tales elementos, en este trabajo autobiográfico, se han elaborado cuatro capítulos diferentes y complementarios, que abordan distintas reflexiones. Todos ellos, se entrelazan con el fin de asegurar, de modo coherente, mi *Reencuentro con mi identidad mazahua*. Complementariamente, se presenta la siguiente estructura preliminar.

El primer capítulo comienza ofreciendo una breve descripción etnográfica de **Mis primeros años en San Pedro El Alto**. Así mismo, describo mis orígenes familiares y el contexto de la comunidad. Igualmente, se entrelaza mi infancia en dicha comunidad mazahua con experiencias personales y mi proceso de construcción identitaria.

En el segundo capítulo, abordo **Mi trayecto escolar y la salida de la comunidad**, en este punto narro mi incorporación y la formación respectiva a la educación primaria. Ahí explico cómo los procesos familiares repercuten en mi desempeño escolar y como fui adquiriendo herramientas, pero a la misma vez, las dificultades para este proceso de adaptación, de socializarme en un nuevo contexto a mi corta edad.

El capítulo tercero, trata sobre el tema de **Mi llegada a la Ciudad de México**. En el que describo, el camino recorrido para la incorporación irremediable a una nueva sociedad, que paulatinamente va cambiando mi forma de pensar y actuar, lo que implicó un mestizaje temprano. Así mismo, esto se va entretejiendo con el regreso a los estudios para concluir el nivel primaria, y posteriormente la secundaria, el bachillerato y mi ingreso a la (UACM); así como también trabajar para solventar mis gastos, considerando que la mayor parte de mi vida en la ciudad la he vivido sola.

El cuarto capítulo, titulado **El reencuentro con mi identidad mazahua a partir de mi formación en la UPN**, describe mi ingreso a la Licenciatura en Educación Indígena, la cual me ayudó a reflexionar sobre mis raíces, así como a propiciar el reencuentro con mi identidad mazahua, grupo originario del cual procedo; igualmente, detallo como se

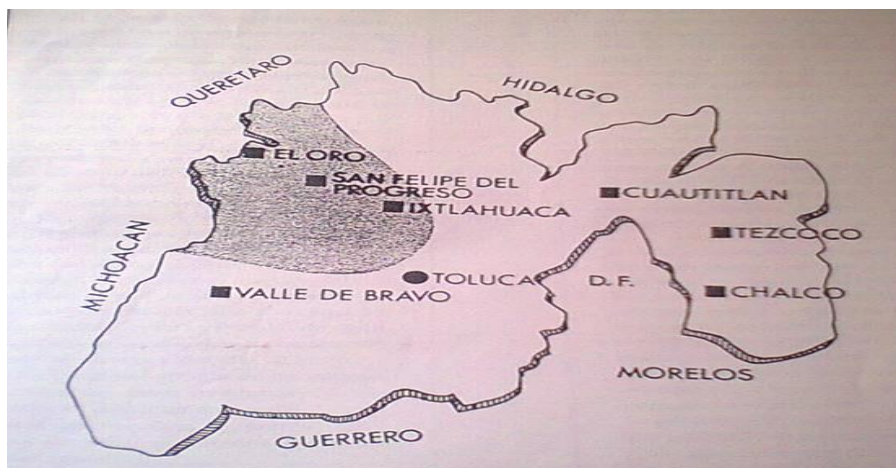
entrelaza mi experiencia laboral con los nuevos conocimientos adquiridos en la UPN, lo que me permite ir transformando paulatinamente mi manera de ser, de pensar y de actuar socialmente.

Por último, presento algunas conclusiones a las cuales llegué con esta investigación y algunas posibles perspectivas de continuidad.

Capítulo I. Mis primeros años en San Pedro El Alto

1.1. Recuento Histórico de la comunidad mazahua San Felipe del Progreso y San Pedro El Alto.

Es verdad, todos tenemos muy dentro una historia que contar. Mi nombre es Alicia Estrada Nava y nací el 1 de marzo de 1982, actualmente tengo treinta y seis años. Soy originaria de la comunidad mazahua de San Pedro el Alto, del municipio de San Felipe del Progreso, Estado de México. Dicho lugar está, ubicado al noroeste de la ciudad de Toluca, colindante con el estado de Michoacán. Esta comunidad forma parte de la región mazahua que se asienta entre los estados de México y Michoacán. (Ver imagen)



San Felipe del Progreso (2019). Región mazahua. Fuente: elaboración propia.

La zona mazahua se ubica principalmente en la región norte del estado de México, y comprende los municipios señalados abajo, según establece el Instituto para el Federalismo y el Desarrollo Municipal (INAFED, 2010).

Dichos municipios son: Villa Victoria, San José del Rincón, Ixtapan del Oro, Almoloya de Juárez, Ixtlahuaca, Temascalcingo, Valle de Bravo, Donato Guerra, Villa de Allende, Jcotitlán, San Felipe del Progreso, El Oro y Atlacomulco; así como en Tlalpujahua en los límites de Michoacán, lugares en los que se asentó la etnia mazahua desde la época prehispánica.

El término Mazahua es un etnónimo nahua que significa:

Cazadores de venado o gente del venado”, tal como los llamaban los aztecas, pueblo que los conquistó antes de la llegada de los españoles. Dicho grupo indígena proviene de las migraciones nahuas del periodo Posclásico y de la fusión racial y cultural de los asentamientos tolteca-chichimecas (INAFED, 2010).

Aunque al respecto se señala que el pueblo mazahua no llegó a tener una cultura desarrollada. La historia de dicho grupo étnico se remonta a los grupos que partieron de Chicomostoc, (lugar de las siete cuevas) donde partieron igual número de pueblos que se difundieron a lo largo del país, en especial en la zona centro de México. Los migrantes que se instalaron en la región estudiada eran otomíes y nahuas en su mayoría, tiempo después se desprende un grupo que integraría a la comunidad mazahua, cuya lengua forma parte de la familia otomangue.

Historia de San Pedro el Alto

En la historia de **San Pedro el Alto** ocurre un fenómeno semejante a otros poblados y regiones, su presencia en los documentos coloniales es escasa debido a que no hay muchos escritos que daten de lo que fue el pasado colonial de dicha comunidad. Se ubica en la región mazahua, del municipio de San Felipe del Progreso, Estado de México, lugar donde recabé gran parte de la información para este trabajo.



Alicia Estrada, San Pedro El Alto. Octubre de 2018. Vista panorámica de la comunidad mazahua.

Los límites geográficos de la comunidad son: al norte limita con Emilio Portes Gil y San Agustín Mextepec, al sur con San Jerónimo Mavatí, San Nicolás Mavatí, y

Santa Ana Ixtlahuaca, al oeste con San Agustín Mextepec, y al este con San Isidro Boxipe.

Así mismo, tenemos que el pueblo mazahua (*jñatjo*) es el más numeroso de la entidad, al haber registrado en el “II Censo Internacional de Población y Vivienda 2005 a 95,411 personas hablantes de su lengua”. (INAFED, 2010).



Alicia Estrada, Barrio de Tameje, Octubre de 2018, Camino a casa.

Sobre este poblado, Gloria Vargas quien es habitante de la comunidad, afirma que San Pedro El Alto es un pueblo muy antiguo, ya que se han encontrado registros en el primer libro de bautismo de indios de esa parroquia, al respecto señala que data desde:

El 8 de abril de 1591, en donde aparece como un pueblo sujeto a la Cabecera de San Francisco Ixtlahuaca, posteriormente pasó a formar parte de la parroquia y la República de Indios de San Felipe. Menciona que los primeros registros de los primeros cristianos de San Pedro llevaban apellidos en Náhuatl tales como: Coatl, Xahuatl, Eatl y Celtec. Estos apellidos son por la presencia de los nahuas en esta región ya que éstos habían penetrado fuertemente por estos rumbos y habían dominado los mazahuas de los pueblos de San Felipe que posteriormente sufrieron la invasión española a principios del siglo XVI. (Vargas, G. 2009, p.1, citado en Yhmoff, 1979, p. 37).

1.2. La construcción de las tradiciones desde una perspectiva cultural, principio y diálogo de la comunidad de San Pedro el Alto

La actividad económica del grupo mazahua en la comunidad de San Pedro El Alto se basa en la agricultura denominada de bajo rendimiento, esto es, la siembra de maíz como producto principal; esto se complementa con los ingresos derivados de la producción artesanal, así como de los generados por su población migrante, además del comercio.

En cuanto al asunto cultural, este grupo es de los pocos que ha mantenido sus expresiones culturales mediante la lengua, la tradición oral, la música, la danza y las artesanías; sus prácticas rituales, su visión del mundo, han sido transmitidos de una generación a otra. Al respecto, tenemos que:

“La lengua materna constituye el principal vínculo de comunicación e identidad dentro de la familia y la comunidad. Sin embargo, cada vez son más frecuentes los casos de niños que ya no hablan su lengua materna” (INAFED, 2010).

Sobre tales aspectos, tenemos el punto de vista de dos maestros de educación básica, el primero, el maestro Margarito Solís de la escuela primaria Ignacio Manuel Altamirano de San Pedro El Alto, afirma que “hay persona y niños que se avergüenzan en hablar en la lengua mazahua” (Entr1, oct, 2018). Mientras que el profesor Ismael Hernández de la escuela secundaria Leona Vicario, expresa que:

La lengua, las costumbres y las tradiciones se han ido perdiendo cada día, esto es también en parte la culpa de los profesores y los contenidos de las asignaturas o el Plan de estudios 2011 que han quitado una parte de los temas que hablan de la historia de los pueblos y el reforzamiento de la identidad mazahua (Entr.2, oct, 2018)

En ese sentido, San Pedro El Alto es un poblado de indígenas mazahuas, en el cual se está perdiendo su lengua, al igual que sus tradiciones. Sobre este aspecto, el Maestro Antolín Celote Preciado (ex director académico adjunto del Instituto Nacional de las Lenguas Indígenas-INALI) afirma que: Tiene que ver también con la escuela, socialmente los sujetos fueron y son integrados a lo nacional, y hay una descomposición social. Otro punto que tiene que ver es por la migración de los mazahuas a las ciudades, poco a poco los indígenas están abandonando su cultura, y así mismo, su identidad (Ent.3, oct, 2019).

La propia comunidad de San Pedro el Alto es ejemplo de lo anterior, ya que son pocas las instituciones, públicas y privadas, que en dicho lugar traten o apoyen los temas de diversidad cultural y lingüística, y mucho menos los programas de gobierno, incluyendo los educativos, ya que no incorporan a persona de origen indígena para dar su punto de vista en su elaboración.

Por otra parte, debido a que la discriminación es considerable, el número de personas de habla indígena se han visto obligados a dejar su lugar de origen, tratan de ocultar o evitar el uso de su lengua materna o vestimenta típica. De esta manera son los propios indígenas quienes han dejado de transmitirla, sustituyéndola por una de mayor prestigio, el español o castellano. Lo cual, directamente, da paso a una aculturación total.

En San Pedro el Alto conviven elementos de origen católico con creencias y tradiciones indígenas, lo cual manifiesta un sincretismo entre los preceptos católicos y la cosmología mazahua. Entre estas tenemos: el culto a los muertos, la creencia de que existen “enfermedades buenas y malas”, aspectos de su vida cotidiana, así como la importancia que dan a sus sueños más recurrente:

En cuanto a sus festividades, todas ellas se desprenden del calendario religioso católico. Cada población tiene su respectiva fiesta patronal, aunque entre las más importantes está la de la Santa Cruz y la de Día de Muertos, además la dedicada a San Isidro Labrador, que resalta por su importancia en toda la región mazahua, en la que se expresa el culto y respeto que se tiene a la tierra y al proceso de siembra (CDI, 2009).

Para dar esplendor a tal celebración, los pobladores de todas las comunidades hacen ramos de flores que colocan en sus parcelas, además de adornar con flores el cuello de sus animales de campo, como bueyes, mulas, burros, caballos. Por otra parte, para organizar sus festividades, al igual que la gran mayoría de pueblos de nuestro país, tienen el puesto y la figura de la mayordomía –tradicional cargo religioso- la cual es cada vez menos practicada. Son los viejos de cada comunidad quienes aún se esfuerzan por mantener tales costumbres. En cuanto a sus manifestaciones artísticas, en este caso vinculadas a cuestiones religiosas, están: la danza Pastora, danza de Santiagueros y danza de Concheros.

Como celebración relevante es pertinente mencionar que cada catorce de agosto se realiza un ritual en mi comunidad, fecha en la que se “cierra” el ciclo de labor en las milpas. Dada la cosmovisión indígena mazahua, el vínculo entre el hombre y la naturaleza es muy estrecho, concibiendo tal relación como un todo en el que las prácticas cotidianas (educación, siembra, creencias, salud, etc.) se relacionaban con las prácticas religiosas. Así mismo, la estructura económica de San Pedro El Alto tiene parte de su base en la agricultura, que a su vez se asociaba estrechamente con su cosmovisión, la cual se regía por los ciclos naturales normados por un conocimiento exacto del calendario solar, la medición del tiempo o temporadas, los fenómenos atmosféricos, el espacio estelar y terrestre. Tal conocimiento determina la orientación que debe dar a sus ceremonias, así como sus actividades, mágicas y religiosas. Efectivamente, estos elementos –entre otros más- forman parte de lo que nosotros los mazahuas llamamos identidad; sobre este aspecto, el Maestro Antolín Celote Preciado explica que:

La identidad hay que definirla en dos planos, el plano individual y el colectivo. La identidad en un plano individual los sujetos construyen sus espacios simbólicos a partir de la pertenencia a un grupo social; tratando de definir la identidad colectiva los grupos sociales se adscriben a partir de diferentes elementos simbólicos, como es la lengua, la tierra, las relaciones de parentescos, las festividades, las relaciones sociales, la familia, la historia, todos estos elementos nos van a dar información relacionada con la entidad colectiva, con las comunidades. En este sentido, como mazahua me identifico porque hablé la lengua y reproduzco la cultura mazahua, tengo tierras, mi familia pertenece al grupo mazahua, reproducen relaciones parentales, hacemos bodas y ritos de iniciación. Todos estos elementos me adscriben como un sujeto mazahua. (Entr. 3, oct, 2018)

Lo anterior ejemplifica parte de las prácticas reproducidas en mi núcleo familiar. Como muestra de ello, puedo traer a colación una anécdota, en la que mi madre me recuerda cada 12 de agosto que el día 14 que tenemos que ir a buscar las flores para el cierre de las milpas. Así, llega esa fecha desde muy temprano tenemos que estar en el monte para empezar por seleccionar las mejores flores y llevarlas a la casa para dar comienzo con el ritual. Para ello las flores se colocan en una canasta; paralelamente se prende el saumerio para incorporar el copal y producir incienso. Copal es el nombre común que recibe la resina aromática de una familia de árboles que se consideran sagrados. Al respecto, me mencionaba mi mamá que esta actividad del ritual “representa una manera

de ofrecer alimento a los dioses, mediante el humo y aroma del copal quemado”. Posterior a esto, nos dirigimos a la milpa, donde se realiza una bendición que incluye rezos, pedimentos, agradecimientos para que la madre tierra les brinde durante el año una buena cosecha, pues el maíz es el principal producto para su alimentación.

Al llegar a la milpa, lo primero que se hace es encerrar en un círculo de flores – espaciadas unas entre otras- el área que delimita la milpa, acompañada de palabras de “agradecimiento” a la madre tierra, entendido esto como un pedimento para que se logre una buena cosecha, mientras yo voy regando agua, simulando el riego de la tierra, alrededor de la parcela o milpa.

Durante el recorrido sucedió un hecho que me pareció muy interesante, pero del cual ya no acordaba. Mi mamá repitió con mi sobrina que nos acompañaba, algo que a mí me enseñó de pequeña. Esto es, que si durante el mencionado ritual se encontraba sobre la tierra un tallo o planta de maíz tirado o roto, la nieta debería “*ma xosú ni chö*”¹, esto es, levantar el maíz, y simbólicamente, con el incienso en la mano, pedir a la madre tierra que dicha planta se recupere y dé fruto.



Alicia Estrada, San Pedro El Alto, Octubre de 2018, El ritual del maíz en la comunidad.

¹ Esta palabra proviene de la lengua mazahua que significa ve a levantar el maíz.



Alicia Estrada, El monte, Oct.-2018, Recolección de flores para el ritual del maíz.

Entre otros elementos, tenemos que la condición geográfica determina en buena medida el tipo de producción que se desarrolla en mi pueblo. La tierra típica de la región es negra, al menos eso es lo que observo en mi comunidad. Por su parte, la región cuenta con algunas montañas de árboles maderables, recursos que han padecido una alta deforestación, provocando con ello –aunado a la caza furtiva- la extinción parcial de algunas especies de flora y fauna, y de otras en su totalidad.

En lo referente a la actividad productiva la comunidad mazahua es básicamente de autoconsumo, esta se sustenta en la agricultura. En cuanto a su producción, el maíz ocupa el primer lugar, seguido por el frijol, trigo y avena, mientras que en algunos municipios también se cultiva chícharo, hortalizas y flores. Además, es importante aclarar que la propiedad de la tierra se divide en ejidal, comunal y privada. Así mismo, muchas familias crían ovinos (borregos), lo que es muy importante porque con ello se apoyan para su economía familiar.

Principio y diálogo de la comunidad de San Pedro el Alto

Todo grupo étnico posee un cúmulo de conocimientos, principios, experiencias, valores, creencias, saberes, etc., aspectos que definen su identidad. Aunque con diferencias mínimas, la mayoría de dichos grupos comparten pensamientos, orígenes, formas de convivencia y aprendizaje similares. Esto es común en la mayoría de los pueblos indígenas que habitan en comunidades. Tal es el caso de los elementos formativos en la educación de la comunidad mazahua de San Pedro el Alto. Sobre el punto anterior, está la interacción familiar como primer factor educativo, a través de consejos, hábitos enseñanzas, pláticas familiares: incluidos los padres, hermanos, abuelos, familiares

cercanos, padrinos. Igualmente, se hace presente la educación que transmite la propia comunidad, ya sea en la convivencia cotidiana, el respeto y participación por actividades colectivas entre las que están las festividades religiosas, las faenas en el campo y en el propio barrio, principalmente. Entre los principales valores o principios aún vigentes entre la comunidad mencionada, se puede mencionar:

El respeto, que se refiere al aprecio por la dignidad de una persona, igual que ser solidario con la manera de ser, o bien, reconocer el valor, la importancia, de algo o de alguien, así “como el respeto a la palabra”, el medio ambiente, al trabajo, entre otros aspectos. Un ejemplo específico se refiere a la obediencia la cual aún se manifiesta entre los diversos miembros de las familias y entre los integrantes de la propia comunidad.

En cuanto a la **obediencia**, aún se puede apreciar cuando los hijos acatan los mandatos de los mayores; o bien, en las recomendaciones del cura, quien todavía tiene una presencia relevante; o las decisiones de la mayoría, cuando se trata de una “junta o reunión” comunitaria, en la que cabe señalar que tienen participación, tanto hombres como mujeres, niños, jóvenes y ancianos.

Por lo que toca a la **solidaridad**, ésta se manifiesta en el trabajo del campo, cuando los individuos o familias acuden en apoyo de familiares, amigos o vecinos que realizarán la cosecha del maíz; otro caso es el apoyo que se brinda cuando alguien fallece, pues la comunidad aporta comida, cava la tumba, o aporta el dinero recolectado entre los habitantes del lugar; así mismo, en el caso de la organización de festividades o bien faenas para el bien común de la comunidad; igualmente está la **gratitud** que se hace presente cuando la gente busca retribuir algún favor o apoyo recibido; la **reciprocidad** se presenta cuando se participa de manera mutua, que se resume con las frases “hoy por mí y mañana por ti” o “tú me ayudas y yo te ayudaré”; o sea, corresponder igual, luego de que se ha recibido cualquier ayuda o favor; en lo referente a la **humildad**, este valor sigue siendo común dentro de la comunidad, un ejemplo es cuando un conocimiento se comparte, pero sin hacer menos al otro. Otro, es ejemplo se aprecia cuando una familia pide a otra que sean padrinos en algún acto religioso, donde el invitado debe aceptar con humildad: También está la **dignidad**, la cual está presente cuando los hombres tienen que emigrar a la capital para trabajar y se desempeñan con compromiso, de manera honesta, lo que nos muestra que son personas **dignas**. Aunque por otra parte, aunque no menos importante, tenemos que paralelamente también se van perdiendo lo que podría denominar formas culturales, pero que igualmente, llevan a la pérdida de parte de la

identidad de los pueblos. Entre estas podemos mencionar la historia, la lengua, el valor de la educación, la pérdida de la cultura original, entre otras.

1.3. Orígenes familiares: Mis padres y sus historias entrelazadas.

En tal contexto, mis orígenes familiares solo son reconocibles a partir de mis abuelos y mis padres, integrantes de la comunidad de San Pedro El Alto. Soy hija del Señor J. Cutberto Estrada Ruíz, quien nació el 20 de marzo de 1937, hombre de carácter recio, y por tanto, muy violento en el trato con su familia. Alguna vez me contó que siendo muy joven se dedicaba al comercio, que vendía productos de limpieza y cobijas en la Ciudad de México; después también viajó a Monterrey; más tarde se dedicó a la albañilería, posteriormente al cultivo de maíz en el campo, y hace como diez años lo contrataron en la presidencia municipal de San Felipe del Progreso para que trabajara de jardinero, durando unos cuatro años, hasta que debido a un accidente fue jubilado y recibe su pensión. Ahora se dedica a trabajar las tierras que le heredó mi abuelo, Martín Estrada Narciso, quien fue beneficiario de la reforma agrarista impulsada a partir de la promulgación de la Ley Agraria de 1915.

En cuanto a la historia de mi señora madre, su nombre es María Simona Nava González, quien nació el 28 de octubre de 1939. Ella por lo regular se desempeña como ama de casa. Me contó que se quedó huérfana cuando era un bebé, que su mamá se murió pero no sabe de qué enfermedad. Al morir su madre, su tío –no supo decirme el nombre- se hizo cargo de ella. Así mismo, ella vivía con su familia en un pueblo llamado Fresno Niche, que formaba parte del grupo mazahua. Por lo regular, mi mamá habla actualmente muy poco la lengua mazahua la cual aprendió cuando era niña con sus tíos, debido a que el castellano se ha impuesto y la mayoría de quienes la rodean sólo hablan el español, lengua que fue aprendiendo a lo largo del tiempo que convivía con otras gentes. Ella nunca asistió a la escuela, y por lo tanto, no sabe leer ni escribir, pero soy consciente de que a lo largo del tiempo ha acumulado un gran conocimiento de la vida y su entorno. También recuerda que cuando ella comía le daban tortillas frías y la golpeaban; otra cosa que me dijo es que a la edad de ocho años la mandaban a cuidar las vacas en el monte y que en una de esas veces se quedó dormida, por lo que perdió algunos animales, que los estuvo buscando, y que cuando los vio ya estaban haciendo daño. Es decir, se estaban comiendo el maizal de un terreno que se encontraba cerca del

monte. A raíz de eso recibió una *cinturoniza*. Igual me narra, que un día cuando fue al pozo a sacar agua del manantial, en su camino se encontró a quien tiempo después sería mi papá, quien le dijo que quería platicar, a lo cual ella se negó y la jaloneo, y en esos jaloneos cayó al suelo por lo que se rompió el cántaro con agua. Posteriormente, a su tío le lleo el chisme que ella se encontraba con un hombre, y a los dos días mi papá fue a ver a su tío diciéndole que quería comprometerse con mi mamá. Pero mi mamá no lo quería y aun así, fue su esposa. Este es un ejemplo de matrimonios forzados, los cuales aún se dan en muchas comunidades. Desde entonces, ella pasó muchas carencias y maltrato desde su matrimonio, el cual se concretó siendo ella muy joven, pues tenía alrededor de trece o catorce años de edad, según recuerda. Habiendo llegado a procrear nueve hijos –todos nacidos de manera natural y con la colaboración de la partera del lugar- de los cuales murieron cuatro.

Cuestionando a mi madre sobre aquella situación, le preguntaba por qué no abandonó a mi papá. Me explicó que no lo hizo porque le tenía miedo a mi papá, además, porque su tío le decía que no se fuera pues le haría pasar vergüenzas ante la gente, que echaría habladuras sobre ella, además, de cuestionarla sobre dónde viviría si decidía irse.

En cuanto a mis hermanos, cinco, tres de ellos son hombres. Carlos, Arnulfo y Samuel, y dos mujeres, Catalina y yo, Alicia. Por orden de edad, el primero, Carlos, es casado y se dedica al comercio, tiene cinco hijos, cuatro mujeres solteras y un hombre, ya casado y con tres hijos; sigue mi hermana Catalina, ella tiene siete hijos, cuatro son mujeres y siguen solteras, más dos hombres, casados, y otro más, soltero; otro hermano antes de mí, se llama Arnulfo, él se casó pero tiempo después su esposa se fue y se llevó a su hijo. Se fue porque según ella, no le gustaba la vida que le ofrecía mi hermano. En este momento él se encuentra con mis papas, los apoya con el trabajo de las tierras de las milpas, pues todo el tiempo hay cosas que hacer en esos terrenos, como son: ir a sembrar, echar el abono en la mata del maíz, de ahí subir la tierra, luego a fumigar, si con la fumigada no mató la hierba, entonces ir a desyerbar a mano, y en la temporada de diciembre, la recolecta de maíz; en ese orden, sigo yo, Alicia, la única que ha tenido estudios universitarios y que he vivido fuera de la familia y la comunidad desde temprana edad, finalmente está Samuel, quien es el que mejor nivel de vida ha logrado, pues es bueno para los negocios, y que además –según me dice, motivado por mí- está estudiando una carrera técnica.



Alicia Estrada, Comunidad San Pedro el Alto, noviembre de 2018, Mis padres: María Simona Nava González y J. Cutberto Estrada Ruíz.

1.4. Mi infancia en la comunidad de San Pedro El Alto: experiencias y proceso de construcción identitaria.

Quiero compartir parte de las experiencias que de niña viví en mi lugar de origen, la comunidad de San Pedro El Alto. Haciendo memoria, los recuerdos que tengo sobre mi infancia me remiten a la edad de tres años, allá por 1985, año en el que sucede uno de los desastres naturales más catastróficos que hemos vivido: el terremoto de 1985.

Este fenómeno natural provocó miles de muertos y heridos, además de mucha destrucción en gran parte de la ciudad de México, principalmente en su zona centro. Tal desastre generó grandes muestras de solidaridad de la población –ante la falta de una respuesta gubernamental inmediata-, la cual se volcó en acciones de rescate que involucraron a jóvenes adultos, personas mayores, sin importar clases sociales o ideológicas. Para gran parte de la sociedad este hecho es considerado como el parteaguas que marca el inicio de una transformación social y política en nuestro país.

Años después, mi mamá me contaba un día en la mañana, algo que nunca se me olvidará, a pesar de contar con apenas ocho años de edad. Me dijo que el día del sismo, desperté muy espantada pues vi que ella no estaba a mi lado, empecé a llorar y a gritar, porque la cama se estaba moviendo muy feo. Rápidamente salí al patio, gritando ¡mamá, mamá, dónde estás! Ella me comentó que escuchó mis gritos cuando venía llegando del molino. Apresuró el paso y me encontró llorando, me dijo unas palabras de consolución ¡mi pobre hija no te pasó nada, no llores así, ya pasó! ¿Por qué te saliste sin tus zapatos y tú suéter, que acaso no tienes frío? Yo le pregunté ¿a dónde te fuiste? y ella me contestó, fui al molino. Me describe que cuando estaba tizando el comal, vi

llegar a mi papá, ya que él también acostumbraba salir desde muy temprano para ir a recorrer su milpa, y de regreso, pasaba a raspar sus magueyes, que en su cara se dibujaba la preocupación. Pero solo nos vio, supongo que en buenas condiciones después del temblor, y no nos dijo nada. Entonces, dice mi mamá ¡ya está la comida! justo cuando agarre una tortilla inflada, recién salida del comal. Me senté en cuclillas escuchando la plática de mis papás. Mi padre aún se preguntaba qué pasó, se sintió muy feo el temblor –decía-.Entre lo que mi papá decía a mi madre, era que se habían caído muchas casas, y murió mucha gente, según informaba la radio. Mi mamá también me comentaba que aquí en la comunidad se cayeron casas de un solo nivel, hechas de teja y adobe. En este pasaje cabe claramente lo dicho por Rogoff, (1993), en el sentido de que yo oía y observaba atentamente lo dicho por mis mayores, lo que me permitía involucrarme más a fondo en las pláticas y conocimientos de los adultos, en ese caso, de mis papas. En ese entonces no entendía que era un temblor, esa palabra me sonaba como algo malo que le tenía que temer.

Mi mamá también me cuenta que yo, al escuchar lo que mis papás hablaban, veía que me salían mis lágrimas, pero la verdad es que no podía llorar allí porque el jefe de la casa se encontraba mi lado ¡y aguas y llorábamos! Porque entonces él nos pegaba con el cinturón, nos embarraba chile en el trasero –al grado de hacernos llorar por el ardor- y nos decía ¡Tengan para que lloren con mayor razón!

La desgracia ocurrida en 1985, la fui entendiendo más tarde, cuando mis conocimientos se fueron ampliando a la edad de los trece o catorce años, cuando cursaba yo la primaria en la CDMX. Pero, con respecto a lo ocurrido en la mañana del jueves 19 de septiembre de 1985, platicaba mi mamá, que mi padre escuchaba un radio casi destartalado que solo transmitía las estaciones de frecuencia modulada (FM), en las que los noticieros informaban que la Ciudad de México había quedado destrozada y había miles de muertos. Por tal motivo, mi padre lamentaba que no podría regresar a la Ciudad de México a trabajar.



Alicia Estrada. Comunidad de San Pedro el Alto, Nov.-2018, El camino hacia mi casa.

Igualmente recuerdo que en aquellos años, cerca de San Pedro había un rancho al que se llegaba a través de veredas, el terreno era terregoso, árido en tiempo de secas, pero fangoso en época de lluvias; los caminos estaban cercados por numerosas hileras de árboles, arbustos y magueyes. Las casitas, hechas de adobe y teja -yo las veía enormes, aunque en realidad eran muy pequeñas- estaban muy dispersas unas de otras; los animales se paseaban tranquilamente en un llano cercano al monte. Cuando era temporada de las lluvias todo era verde y salían muchos hongos. Entonces mi mamá, junto con todos mis hermanos íbamos a buscar dichas plantas. Antes de hacerlo, mi madre nos advertía que no juntáramos hongos malos “pues si se los comen, se morirán”. Dichos hongos eran de color blanco, y otros eran como morados. Cuando regresábamos del monte, y llegábamos a casa nos preparaba un delicioso guisado acompañado con tortillas recién hechas del comal. De hecho de ahí aprendí a hacer las tortillas, ya que veía como las preparaba mi mamá, mientras yo *tizaba* el comal. En ese entorno, en un pequeño jacal vivíamos siete personas, mis padres y cinco hermanos, de los cuales yo soy la cuarta. Regresando al tema de mi casa, estaba dividida en el interior en tres secciones, estaba la cocina, que a su vez servía de comedor, y dos “cuartos” que servían de dormitorios.

En el centro de la cocina estaba el fogón, a un lado el metate y leña para avivar el fuego; en un muro de adobe estaban colgados jarrones y cazuelas de barro. Una de las cosas más agradables que recuerdo son los amaneceres, brillantes y coloridos. Aunque por otra parte no era tan agradable despertar, pues mi madre me gritaba ¡Ya levántate,

marota!²¡Hay que pararse a moler o hacer tortillas a mano! Esto fue uno de mis primeros **aprendizajes**, pues no sólo observaba, sino que tomaba parte de dicha tarea, pese a mi corta edad. Era tanta la seguridad de mi madre de que yo podía hacer las cosas, que cuando se alejaba un poco mover el *niscome*³, yo me quedaba moliendo, aunque lenta, pero bien hecho. Mi madre a lo lejos me gritaba que me apurara. Cuando ella regresaba y veía lo que yo había hecho, sólo me decía: ¡Quítate, yo lo haré más rápido pues ya no tarda en llegar tu papá! En todo lo que mi mamá hacía, yo la observaba y de esa manera aprendía. En cuanto había alguna posibilidad, lo ponía en práctica.

En este contexto comunitario y familiar adquirí otro tipo de aprendizaje durante las faenas en el campo. Cuando toda la familia íbamos a realizar actividades de siembra, las tareas estaban bien definidas. Mi padre manejaba la yunta, mientras mi madre colocaba el maíz en los surcos, en tanto que mis hermanos y yo los tapábamos. Cuando esa tarea la hacíamos bien, mi mamá nos felicitaba. Era una manera de reconocer nuestro trabajo. Por su parte, mi padre era más inexpresivo y sólo nos decía que le apuráramos, que hacerlo era nuestra obligación pues de ahí salía nuestra comida para todo el año.

Lo arriba mencionado, con respecto a las obligaciones, ilustra lo dicho por Gaskins, (2010) sobre la manera en que los miembros de la población reconocen las actividades y los roles de las personas (p. 41). Con ello, ahora me queda claro que lo que mis padres nos mostraban eran roles, actitudes y emociones considerados propios para cada género, tanto de mi familia como entre la comunidad, a través de procesos de crianza y socialización. Aspectos considerados que actualmente cuestiono y no comparto plenamente, y con los que queda clara la diferenciación por género y “estadios de crecimiento” –tal como lo plantea Amodio (2000). Tal como está establecido por la propia cultura mazahua. Pero reconozco que esas eran sus pautas de crianza, como las denomina dicho autor.

Otra anécdota que recuerdo muy bien, y que igualmente marco mi vida a la edad de cinco años, era que en la casa vivíamos una violencia muy fuerte. En esos tiempos mi mamá era golpeada constantemente por mi padre, llegando –incluso- a quedar

²*Marota* es una palabra mazahua que quiere decir floja.

³ Término usado para referirse al nixtamal, que es un maíz preparado para hacer tortillas.

inconsciente muchas de esas veces. Al menos un par de ocasiones llegamos a pensar que ella moriría. Otro tipo de violencia –que padecíamos constantemente- era que no teníamos que comer, pero a mi padre eso no le importaba. Muchas veces nos gritó que no éramos sus hijos. En ocasiones, si comíamos, era únicamente tortillas con salsa o sal. Recuerdo que me hacía mis tacos de tomate o comía los duraznos que se daban ahí, cerca de la milpa. También me cuenta mi mamá que para que no nos diera hambre nos daba pulque que ella *raspaba*, de ahí aprendí también a sacar el aguamiel de los magueyes. En ese periodo de mi vida, teníamos una vecina que no podía tener hijos, pero que tenía muchos animales, como vacas, borregos y pollos. Ella nos pedía que de vez en cuando la ayudáramos con el cuidado de sus animales, y si la ayudamos -junto con mi hermano Arnulfo- como parte de la paga, también comíamos en su casa, donde además podíamos dormir y ver la tele, pues en casa de mis papás no teníamos.

En este punto externaré una situación que hasta la fecha ha sido uno de mis mayores secretos – si no es que el más fuerte-, y que hasta la fecha influye en mis sentimientos, emociones y vínculos, entre otros aspectos. Haber recibido ese apoyo, aunque era a cambio de mi trabajo y el de mi hermano ¡lo pagué muy caro! Debo aclarar que después de un tiempo –alrededor de dos meses, si no mal recuerdo- de convivir con dichas personas, nos ofrecieron un cuarto diferente para cada uno de nosotros –mi hermano Arnulfo y yo-., cosa que nunca tomamos a mal, considerando que éramos unos niños. Aceptar ese espacio propició que yo sufriera agresiones a mi integridad física, a mi dignidad, tanto como persona como por ser menor de edad. Esto por parte del vecino que nos “ofreció un apoyo”, el cual terminó cobrándoselo mediante abusos físicos hacia mí. Cabe mencionar que esta es la primera vez que externo dicha vivencia, la cual, aunque pareciera un acto de victimización, ha implicado vencer resistencias internas, vergüenza, miedo a la burla, a la descalificación. Poder ventilarlo ha significado para mí una especie de liberación, de erradicar una carga, que por lo menos yo consideraba ya superada, pero la realidad es que no era así. Ni mis padres supieron de esto que ahora manifiesto, el trato de este vecino, porque sentía que me culparían a mí, además de que estaba segura que me llevaría una buena golpiza. Hasta aquí esta dolorosa experiencia infantil.

Tal situación me lleva a pensar la pertinencia de, por ejemplo, la creación de la Convención sobre los Derechos del Niño, publicada en 1991 en nuestro país. Documento en el que se confirma una nueva concepción de lo que significa ser niño (a), así como la

regulación jurídica que enuncia y protege sus derechos y libertades. Mi experiencia personal me lleva a pensar que los niños requieren de un trato y una legislación especial, que los proteja, que les permita ser escuchados, apoyados, respetados en su individualidad, tanto en lo familiar, social y por la propia autoridad, como plantea Vela (2012, p. 70).



Foto anónima, Soledad, La casa donde viví un tiempo con mi hermana, noviembre 1988, Familiares: Catalina, mi hermano Samuel, mi mamá, mi sobrina y mi hermano Arnulfo.

A punto de cumplir seis años un día mí hermana me comentó así de la nada, que me llevaría a su casa para acompañarla. Esa tarde empezó mi desprendimiento, tanto de mi casa, como de mi mamá, hermanos y hasta un perrito que tenía al que le llamábamos Kalimán. Ese día lloré mucho porque tenía que ir a vivir con ella, ya que se había casado. Viví con ella un buen rato, yo le hacía los mandados, me llevaba a las barrancas a lavar la ropa, pese a que alrededor de las dos de la tarde el calor era intenso, por lo que aprovechaba el agua que pasaba en el arroyo para bañarme. Pero después de divertirnos me embargaba el temor pues en varias ocasiones, cuando llegábamos a su casa, y si no estaba preparada la comida, o por cualquier otro pretexto, mi cuñado empezaba a golpearla. Así pasaron unos meses, en los que en cierta ocasión mi hermana salió a comprar a la tienda, e inusualmente se tardó más de lo normal y me daba miedo quedarme con mi cuñado, no sólo por él, que no tenía un buen trato conmigo, pero también por mi hermana, que me golpeaba por cualquier cosa cuando era niña hasta sangrarme la nariz o la cabeza. Ahora que le recuerdo esto, lo único que me contesta es que: “no me daba cuenta que en ocasiones me desquitaba contigo por tantos problemas

que yo tenía con mi esposo”. Incluso cuando mi hermana Cata me llevaba a visitar a mi mamá, yo ya no quería regresar con ella.

Esta situación, aunada a otras aquí relatadas, me dejó entrever que la violencia era algo natural, que nada se podía hacer para evitarla; que por el hecho de ser mujeres debíamos ser castigadas; que los hombres tenían derecho a agredirnos, lastimarnos, a abusar de nosotras, simplemente por ser del sexo opuesto. Esto es, ejercer violencia de género. Igualmente, y esto es algo que reflexioné años más tarde, que dicha situación era naturalizada por llamados “usos y costumbres”, no sólo de mi familia y comunidad, sino como un aspecto de nuestra cultura, casi podría decir, nacional.

Tal como lo señala Nussbaum (2002):

Sería difícil negar que la familia ha sido, si no el mayor, al menos uno de los más importantes sitios de opresión de las mujeres. Existen amor y cuidados en la familia. Pero también existen en ella violencia doméstica, violencia marital, abuso sexual de niños, malnutrición de las niñas, desigual cuidado de la salud, desiguales oportunidades educativas, e incontables violaciones menos tangibles de la dignidad y de la igualdad. La familia, por tanto, puede significar amor, pero puede significar también desatención, abuso y degradación. Además, la familia reproduce lo que contiene. Del mismo modo, como es a menudo, una escuela de virtud, también (y frecuentemente, al mismo tiempo) es una escuela de desigualdad sexual, actitudes de crianza que no solamente generan nuevas familias a imagen de las anteriores, sino que influyen también en el más amplio mundo social y político. (p. 321-324)

A raíz de lo anterior, un día fui a pedirle posada a mi tío Pascual –primo de mi mamá-, para ya no ir con mi hermana y volver a sufrir maltrato y abuso. Efectivamente me quede ahí una noche en la casa del tío; y como no podía estar ahí todo el tiempo, en otra semana le pedía asilo a mi tía, esposa del hermano de mi papá. Pero la incompreensión de mis padres, principalmente de mi madre, quien pretendía que yo siguiera yendo a casa de mi hermana para acompañarla, pues por cuestiones de trabajo mi cuñado la deja sola muchos días. Así, en otras ocasiones, cuando regresaba a la casa familiar, le llevaba cosas a mi papá, como una cerveza, para que no me regañara o golpeará por no querer ir con mi hermana. Esta situación fue muy difícil para mí.

A estas alturas de mis escasos años de vida, así como de las experiencias vividas, y aunque yo no tenía una clara concepción del origen y el ejercicio de la violencia, tanto

de hombres o mujeres, padres o hermanos, amigos o vecinos, maestros o autoridades, parecería que sin importar a qué lugar o persona buscara acercarme, la violencia afloraba, como algo natural de lo que no se tenía escapatoria. Con tal percepción era natural que yo fuera agredida y lo asumiera con total sumisión hasta una edad más avanzada. Creo que eso me motivó –no sé si indirecta o inconscientemente- a que ya siendo adolescente, más o menos a los catorce o quince años de edad y con mucho esfuerzo por el pago de las colegiaturas, a inscribirme en una de las mejores escuelas de artes marciales, habiendo obtenido el grado de cinta negra en *Tae kwon do*, unos cinco años después.

En referencia a lo anterior, como señala Barrón (2006):

No es muy difícil suponer que existen ambientes facilitadores de violencia, familias en los que los malos tratos se naturalizan, situaciones escolares humillantes, desigualdades e inequidades que horadan la personalidad y la matan paulatinamente. También podemos hablar de ambientes violentos, ambientes laborales con fuertes tentaciones, personas violentadas en sus expectativas de vida y en sus aspiraciones de trabajo, en sus posibilidades, en sus oportunidades de crecimiento y desarrollo, etc.

En tal escenario viví una serie de experiencias que marcaron mi vida tanto en el contexto familiar como en el espacio escolar hasta la edad de seis años que ingresé a la primaria, puesto que no asistí al kínder o preescolar. Pero también hay recuerdos buenos, como los valores, la reciprocidad, la fuerza de voluntad y ganas a vivir la vida, aunque no me los enseñaron en el seno familiar, lo fui aprendiendo durante mi muy temprana experiencia de vida personal, laboral y mi propio proceso de sociabilización.

Al respecto, he aprendido que es importante adquirir conciencia de nuestra situación, tomando acción al respecto, no victimizarse o esperar a que alguien llegue a ayudarnos o resolernos la vida. Desde muy niña tuve, no sé si la capacidad o la voluntad, para enfrentar y resolver por mí misma los problemas que se me presentaban. Hasta la fecha, puedo afirmar que mi vida, lo que he vivido, lo he resuelto de esa manera, de manera propia o autónoma, de autocuidado, desarrollar una forma de empoderamiento.

Capítulo 2. Mi trayecto escolar y la salida de la comunidad.

A partir de 1988, a la edad de seis años fui inscrita en la escuela primaria Ignacio Manuel Altamirano, de San Pedro El Alto. Esta escuela se ubica pasando la iglesia del pueblo y fue fundada en 1933. Inicialmente tuvo la función de castellanizar a los estudiantes, que para ese entonces hablaban más en lengua mazahua. Ya en tiempos más recientes, mi papá me contó que cuando él entró a estudiar ahí se ejercía mucha violencia física, por el simple hecho de que había niños que no sabían hablar el español, motivo por el que eran castigados. Por esa misma razón mi papá abandonó la escuela habiendo concluido sólo el segundo grado. Esta situación deja claro que la violencia no sólo es practicada y sufrida en el núcleo familiar, sino en los propios espacios institucionales, sin importar la época o lugar.

Actualmente, esta escuela imparte los seis grados, y los alumnos ingresan a la edad de seis años. Los salones están clasificados por grupos. Es una primaria general y que se apega a los programas establecidos por la SEP, los cuales carecen de un programa específico de estudios tendientes a difundir y preservar la cultura o la lengua mazahua.



Alicia Estrada, San Pedro el Alto, Octubre de 2018, Esc. Ignacio M. Altamirano, imágenes de la primaria de la parte externa e interna.

2.1. Lo referente a la escuela: mi incorporación a la primaria

En plática con mi hermana, me comentó que llegado el momento, ella me fue a inscribir a la escuela primaria Ignacio Manuel Altamirano, argumentando que yo tenía que estudiar y “para que no tuviera una cabeza dura”. La verdad a esa edad, seis años, no

tenía ni idea de por qué tenía que asistir a la escuela. Además, nunca fui al preescolar, por lo que no desarrollé habilidades previas para la escritura y la motricidad, así como seguridad y sociabilidad. Además, como mi mamá y mi hermana tampoco tenían instrucción escolar, pues me era difícil entender esto.

El edificio de la escuela era sencillo y de dos pisos, no tan arreglado como en la actualidad. La hora de entrada era a las ocho de la mañana, y tenía que llegar antes porque el conserje nos cerraba la puerta si llegábamos tarde. Me iba sola a la escuela, haciendo de camino como veinte minutos corriendo. En aquellos tiempos, la hora del recreo era como a las doce, eso lo recuerdo bien porque al mismo tiempo que sonaba la chicharra de la escuela, también lo hacían las campanas de la iglesia. Me daba gusto salir al recreo porque veía a mi hermano Arnulfo -me parece que él ya se encontraba como en segundo grado-, pues cuando me veía me compraba mis dulces de caramelo, que tenían un delicioso sabor. Cuando en la casa raramente me llegaban a dar dinero, yo se lo daba a él para que lo guardara y compartirlo juntos. Incluso tratábamos de ahorrar, que por cierto es un hábito que aún acostumbro. Como de manera general mi papá no nos daba para gastar en la escuela, en ocasiones Arnulfo vendía a escondidas, un cuartillo de maíz o algunos envases de refrescos vacíos, y de ahí alcanzaba para comprarse un cuaderno o lápiz.

Igualmente, recuerdo que para mí, salir al recreo era como un premio, ya que hacía que se me olvidaran los regaños de la profesora, los cuales significaban otra forma de violencia. A la distancia me queda claro que era una violencia aceptada, los mismos padres de los estudiantes pedían o autorizaban a los maestros que castigaran a sus hijos si no aprendían o se portaban mal. Es lo que podríamos llamar, un tipo de violencia institucionalizada. A esto, también debía agregar los gritos de mi hermana, quien al parecer no conocía otra forma de tratarme, más que mediante tratos violentos. En tales circunstancias yo extrañaba la cercanía de mi madre. Por eso se me hacía muy corto el descanso escolar. Al sonar la chicharra teníamos que entrar al salón, antes, rápidamente me despedía de mi hermano porque a la hora de salida –a las dos de la tarde- ya no lo vería, debido a tenía que estar con mi hermana para ayudarla a cuidar a mi sobrina.

En esos tiempos de la primaria, estando en clase salía muchas veces al baño, creo que porque tenía miedo por no aprender rápido las letras como mis compañeros, y como consecuencia recibir el castigo de la maestra. Era muy común en esos tiempos ser

calificada de “burra”, por no aprender o hacer mal las cosas. Calificativos que, sin exagerar, llegaban a marcarnos de por vida. Con consecuencias negativas durante nuestra vida adulta. No era “buena” para la escuela, incluso a mi hermana la maestra la llegaba a citar y le preguntaba que, qué pasaba conmigo y que por qué no me apoyaban con lo de la escuela; incluso la cuestionaba sobre por qué no estaba viviendo con mis papás. Yo, con los ojos llorosos, veía a mi hermana que se quedaba callada. Ya en su casa, ella hacía todo lo posible por enseñarme, pero también me llevaba una tunda si no aprendía. Eran los tiempos en que se afirmaba que “la letra con sangre entra”. Me era muy difícil estar en ese contexto de la escuela puesto que era una niña que le costaba trabajo aprender las cosas, aunado a que no sabía hablar muy bien el español, porque mi contacto con dicha lengua era escaso, o casi nulo; otro punto que no favorecía mi aprendizaje era que la profesora no generaba un ambiente cálido, sobresalían los gritos y los regaños.

Es claro que el aprendizaje o la formación del estudiante no se desarrolla sólo a través de lo que transmiten los profesores, sino que también interviene lo que ocurre en su entorno, ya sea familiar, escolar, comunitario, etc. Por ende, considero que el profesor debería de tener un vínculo más estrecho con el estudiante, tanto en la manera como le enseña y en cuanto a su trato personal. En mi caso, creo que eso me hubiera ayudado a generar mayor gusto e interés por el estudio, mejorar mis técnicas de estudio, desarrollar un papel más activo, así como interacción adecuada en el proceso de enseñanza-aprendizaje, sobre todo, considerando mi corta edad y origen.

Como menciona Díaz Barriga (2006),

La visión constructivista sociocultural la importancia del funcionamiento psicológico en la doble vertiente del funcionamiento intra e interpsicológico, y que entiende al aula como contexto de enseñanza y aprendizaje. Así, desde una perspectiva constructivista sociocultural, se asume que el alumno se acerca al conocimiento como aprendiz activo y participativo, constructor de significados y generador de sentido sobre lo que aprende, y que, además, el alumno no construye el conocimiento de manera aislada, sino en virtud de la medición de otros, y en un momento y contexto cultural particulares, con la orientación hacia metas definidas. (p.14).

Entonces, la enseñanza y el aprendizaje, como elementos profundos que forman al alumno, deben desarrollar también una actitud reflexiva, que bien puede englobar no solo las ideas o conocimientos, sino la afectividad, el saber y la acción de la comunidad, debiendo ir acorde al contexto..

Después de pasar un año difícil en la escuela logré asimilar lo más básico, como leer y algunas operaciones matemáticas, y pasar a segundo grado ¡con muchos trabajos, pero lo logré!

2.1.1. Primeros aprendizajes escolares

Para 1989, ya tenía siete años y estaba por entrar a segundo de primaria en la misma escuela de San Pedro el Alto. Cuando entré me daba miedo pensar que la profesora que me había dado en primero me volviera a dar clases. Cuando vi a la nueva profesora brillaron mis ojitos. Me acuerdo muy bien de ella, porque fue la que me enseñó a escribir más o menos, aprender a combinar algunas letras para formar palabras y oraciones. Ella impartía la materia de español con especial interés, de ahí derivó buena parte de mi motivación por el estudio. Con ella me daba gusto llegar a su clase y verla, eso sí no me acuerdo como se llamaba. Materias como matemáticas no me gustaban, se me hacía tedioso realizar multiplicaciones, ya que no me sabía las tablas. Mientras tanto, las otras materias las aprobaba como podía. He pensado que no tenía muy buena memoria, o bien, que nunca recibí el apoyo apropiado para repasar y aprender, por eso la dificultad para aprenderme –en este caso- las tablas de multiplicar. En la actualidad, debo reconocerlo, tiendo a ser dispersa o distraída, aún carezco de una metodología de aprendizaje apropiada. Por eso se me complica rendir apropiadamente. Esto lo sustento en el hecho de que –al menos en mi época de bachillerato y universitaria- cuando he contado con apoyo o asesoría apropiada, además de que aprendo mejor, adquiero herramientas de análisis, de escritura, de estructura de ideas, el estudio me resulta gratificante y motivador.

En 1990 ya había pasado a tercero de primaria, para ese entonces ya me encontraba de nuevo con mis papás. Era triste regresar de nuevo a este contexto porque era de maltrato y violencia familiar, aquí bajaron mis calificaciones, ya no me daban ganas de asistir a la escuela y además me convertí en una niña muy callada, esto lo recuerdo porque tenía

compañeras vecinas que me golpeaban o se burlaban de mí por ser una niña “burrita” o no aplicada, porque no era buena para el aprendizaje; hasta mi madre decía que porque no era una niña aplicada como las otras. Con la nueva maestra tenía que asistir forzosamente a sus clases pues era exigente, y además era pariente de mi mamá, la verdad creo que ni ella lo sabía. Un día ella citó a mi papá para informarle cómo iba en la escuela. Ese día me llevé una tunda enfrente de la profesora, porque ella me preguntó algunas cosas y no supe responderle. Por tal motivo mi papá me golpeó diciéndome ¡responde, no seas burra! Jamás olvidé esa escena. Estas son cosas que marcaron mi niñez.

A raíz de eso trataba de estudiar, pero me era difícil; mi hermano Arnulfo me enseñaba lo poco que él sabía para que no me volvieran a pegar, y así la maestra no citara de nuevo a mi papá. Asistía a la escuela más por miedo que por gusto. Tampoco nos daban para comprar nuestros útiles y uniformes. Para resolver esto, al igual que mi hermano Arnulfo, empecé a vender maíz a escondidas para comprarme lápices y cuadernos, o las donas que tanto se me antojaban. En ocasiones mi papá, cuando estaba enojado -que creo que siempre-, nos mandaba a la escuela o nos correteaba a palos a mi hermano y a mí; a veces no comíamos, entonces—con lo ahorrado- comprábamos chicharrones o papas en la escuela, eso era nuestro alimento.

En tales condiciones, una cosa que si aprendíamos, era a sobrevivir por nuestros propios medios. A la fecha, creo que eso me ha ayudado a superar la mayoría de los problemas que he enfrentado en mi proceso de vida. Una aprende a no tener miedo, a buscar soluciones, a veces creo que hasta a ser creativa, a no quedarse con los brazos cruzados. Entonces, hasta vivir en la precariedad, si lo reflexionamos a fondo, nos ofrece herramientas para la vida.

De cierta manera, Moisés Sáenz hace referencia a lo anterior -al menos en lo que respecta a la sobrevivencia- cuando señala que:

Educamos a nuestros hijos, antes que todo para asegurarles mediante una buena salud, la conservación de la vida. Para transmitirles la herencia social que es de ellos por derecho y que tiene que ver tanto con las técnicas necesarias para sobrevivir como también con la capacidad para la vida social (Citado por Loyo, 2003, p. 258).

Con mucha dificultad concluí las materias escolares de tercero con calificaciones de seis. Igualmente, este grado marca el fin de mi etapa como estudiante en dicha escuela.

2.1.2 Repercusión de los procesos familiares en el desempeño escolar.

Revivir el contexto familiar en el que me desarrollé durante mi infancia me remite a un periodo de pobreza, de violencia, de falta de afecto, de discriminación. Considero, que esto repercutió posteriormente en mi desempeño escolar. Básicamente, porque mi continuidad escolar fue muy irregular, en cuanto a los tiempos, y porque ahí seguí siendo objeto de discriminación, incluso –hará cuatro o cinco años atrás- a nivel universitario. Desde el principio, vestir con ropa o calzado regalado, en ocasiones tener que buscar qué comer con alguna vecina, no poder comprar golosinas, y en un caso penoso, no tener ni uniforme ni útiles escolares para asistir a la escuela primaria, resultaba penoso y frustrante. Aunque no resulta agradable recordar tal situación, lo cierto es que ahora entiendo- que mi situación familiar era resultado de una estructura social en la que prevalece la falta de afectividad, de solidaridad, donde prevalece la injusticia y la discriminación, en especial contra la mujer. Esto como resultado de la vinculación entre un mundo micro, la familia, y otro macro, la sociedad, donde cada mundo depende o interactúa con el otro.

De la misma manera, para qué yo pudiera desarrollar un aprendizaje significativo, creo que debieron influir otros factores como la escuela, y la familia. La familia, porque creo que es el pilar que hubiera transmitido la confianza, la fuerza, el afecto, las necesidades básicas como en alimentación, la salud, la educación, los valores y orientarme cuando me equivocaba, para poder asimilar las diferentes maneras de aprender a hacer las cosas, o el poder percibir el mundo acorde a mi edad.

Luego entonces, el aprendizaje significativo de los niños no depende solamente de la responsabilidad de los profesores o la institución misma, como señala el maestro Margarito (2018), si no que “también influye la educación que recibes en la familia, los valores o el cuidado que ellos te brindan” (p.2).

Sobre este punto, el maestro Ismael (2018), comenta que el “niño va aprender a saber hacerlas cosas mediante su aprendizaje que genere en la escuela o en la familia” (p. 6).

Recuerdo que mi niñez no la viví felizmente, tal vez porque era imposible aislarme de las vivencias y el contexto en que vivía en ese momento. La niñez vivida, tanto en la familia como en la escuela me fue llevando, a que yo buscara –posteriormente- a reescribir mi vida. En esta etapa considero que crecí demasiado rápido, dejando el rol de niña a ser adulto, orillada por la circunstancia de pobreza o la falta de afecto de mi padre. Estimo que lo anterior me ayudo a desarrollar otra forma de pensar, a vivir de manera aislada y de poco de interés por los estudios. He pensado que son muchos los factores que influyeron en este proceso de reconstrucción de mi niñez, como los profesores que llegué a tener y que algunos jugaron un papel muy importante. En mis primeros dos años de estudios todo era golpes y regaños. Esta enseñanza por parte de los profesores me hizo pensar que la violencia era natural. Esto es triste porque habla de un periodo en el que la enseñanza tenía como una de sus herramientas de aprendizaje el asunto de los castigos –y por lo menos en cuanto a lo que viví-, forzando el aprendizaje de conocimientos, de habilidades y destrezas que debíamos adquirir para enfrentar nuestro mundo familiar y comunitario, así como el mundo externo a éstos.

A la distancia, en algunas ocasiones llegué a pensar que si dichos profesores hubieran comprendido mejor con que sujetos estaban trabajando, hubieran buscado la manera de responder a sus necesidades, implementando otro tipo de estrategias para la enseñanza de los niños indígenas mazahuas. Sabiendo que este tipo de comunidad tiene una cultura o costumbres diferentes, donde cada niño aprende de forma distinta y la escuela formaba parte de un proceso de socialización e integración, según las políticas educativas de la época.

En este sentido Díaz Barriga (2006), expone que:

El aprendizaje experiencial es un aprendizaje activo, utiliza y transforma los ambiente físicos y sociales para extraer lo que contribuya a experiencias valiosas, y pretende establecer un fuerte vínculo entre el aula y la comunidad, entre la escuela y la vida (p. 3).

Pero también, es cierto que este tipo de aprendizaje que adquirí de niña, tanto en la escuela o la familia, iba generando cambios importantes en mi manera de pensar, de ser, ya que iba adquiriendo habilidades para aprender haciendo, o aprender por mi propia experiencia. Este proceso lo entendía yo como un proceso autoformativo.

2.2. Dificultades de aprendizaje y socialización en un nuevo contexto.

Para 1991, las carencias económicas obligaron a que algunos de mis hermanos y yo dejáramos de asistir a la escuela. Así, a la edad nueve años, tuve que abandonar la escuela para irme a trabajar a la casa de una maestra. Esto inicia un jueves, cuando mi mamá fue a recoger mis papeles en la dirección escolar donde cursé mis tres años de primaria. Ese día, de pura casualidad o cosas del destino que la verdad no lo sé, mi madre me comentó que se encontró a la maestra por el pasillo y le preguntó por qué ya no asistía a sus clases, por cierto la maestra estaba dando cuarto grado. Con pena mi madre no le manifestó la verdad: que mi papá no nos daba para comprar los útiles o los uniformes, y que además, yo ya no quería asistir. Esa tarde mi mamá al llegar a la casa me preguntó si quería o podía ir a trabajar en la casa de la maestra, y que si así fuera, que al día siguiente yo subiera a la escuela para que de ahí nos fuéramos.

Fue así que desde muy temprano me preparé para irme- Lo primero que hice fue acomodar en una bolsa de plástico las poquitas ropas que tenía, algunas de esas eran regaladas, luego me bañé y me puse mis zapatos de hule, al terminar me comí unas tortillas con trigo que mi mamá había hecho en la mañana. En ese momento que me comía las tortillas como que me sentía triste, pero no le dije nada a mi mamá porque pensaba que se iba a poner triste al verme partir. Terminé de comerme mi taco, me despedí de ella, y me dijo: cuídate mucho mi hija, cuando puedas me vienes a visitar. Como eso de la una de la tarde, salí de la casa y me dirigí a la escuela, al llegar ahí no tardo la profesora en terminar su clase y salió, me vio y me dijo: súbete al carro. A lo largo del camino no externe ninguna palabra y lo único que sentía era un nudo en la garganta al dejar mi madre. En ese camino me fije el recorrido por si tenía que regresarme y por si no me fuese a gustar trabajar con su familia. De pronto la maestra me dijo: ya vamos a llegar Alicia. En ese momento calculé la hora también y me di cuenta que nos hicimos como cuarenta minutos en carro.

Su casa no estaba muy retirada del municipio San Felipe del Progreso. Al llegar a su casa me presento a su mamá, a su hermana y a su hija, que era un bebé como de siete meses. Así mismo, ese día me dijo mis labores, lo primero que tenía que hacer era ayudarle a su mamá en lo que me mandara, pero que lo más importante era que cuidara a su bebé mientras ella hacía la comida. Recuerdo que ese día no me preocupe por lo que me decía, puesto que ya tenía experiencia en cuidar a mi sobrina. Ese día ya estaba

por oscurecer, merendamos chocolate, cosa que no hacía en la casa con mis papás y un bolillo caliente recién salido del horno y unos tacos de huevo, al terminar nos fuimos a dormir. Yo me quedaba en el cuarto de la profesora con su bebé. Ahí dormí en un catre, y no supe de mí hasta como las 5:30 de la mañana porque la profesora se despertaba para bañarse y partir como eso de las siete, para dar sus clases a la primaria de la comunidad de donde yo era originaria. Después, no tardó su mamá en hablarme, me dijo que me alistara porque teníamos que ir hacer las compras para la comida. Yo calculo que ella tenía como cincuenta, era gordita; cuando la vi la primera vez me cayó muy bien porque no era regañona y nunca me llamo la atención.

Bueno, empezaba con mi primer trabajo. Lo primero que me enseñó fue saber dónde quedaba la tienda, ahí compramos sopa y leche, luego nos fuimos al mercado a comprar verduras y chiles. Ya en el camino me venía platicando y señalando las casas de quienes vivían ahí, decía que eran sus hermanas, sus tíos y primas, la verdad es que nunca las conocí el tiempo que trabajé con ellas; También me decía que aprendiera el camino o las calles, para que cuando fuera sola ya no me perdería, porque luego ella se agotaba mucho, de eso sí me di cuenta porque se me hizo eterno para llegar a su casa, debido a que cada rato nos parábamos a descansar.

Otro día fuimos con el dueño de la carnicería para que viera quien era y me despachara la carne que a la señora le gustaba. Así, al día siguiente conocí la panadería en donde me encantaba ir porque salían los bolillos recién hechos, luego me compraba una dona de chocolate, que eran mis favoritas. Mis horas preferidas para ir a comprar era en la tarde o en las mañanas. Yo ayudaba a tender las camas, la ropa o barrer. Justamente, ya había cumplido un mes y eso porque ella me decía que sí no extrañaba mi casa o mi mamá, eso porque a veces veía que me ponía triste, yo le respondía que sí. Me comentó que le iba a decir a su hija que me llevara a visitar a mi familia el día que quisiera ir. Y así, se pasó el primer mes, recuerdo que ese lapso de tiempo no lo sentí, a lo mejor por las actividades que tenía que hacer y no me daba cuenta del tiempo.

Era un sábado temprano y la profesora me indicó que me alistara porque teníamos que salir para irnos a mi casa, en ese momento me sentí alegre porque iría a ver a mi mamá. Ya en el camino me pagó mi sueldo, lo cual fue muy emocionante para mí pues era mi primer sueldo. La verdad no recuerdo cuanto me pagó, yo sólo veía varios billetes de cien pesos. Al llegar a mi casa salió mi mamá, vi que se emocionó y me abrazo. La

profesora se acercó a mí, y me dijo que me esperaba el lunes en la escuela para irnos de nuevo, lo mismo le dijo a mi mamá. Luego, ya estando en casa, le platicaba a mi mamá de todo de lo que hacía, comía, como me trataba la mamá de la profesora y lo que aprendía en ese lugar. Ya en el transcurso de la tarde llegó mi papá, me ve, y lo único que hizo fue saludarme, no me preguntó nada, no me dio un abrazo, recordé que él era muy frío de sentimientos. El sábado y el domingo dormí en casa y el lunes me paré temprano para prepararme e irme de nuevo con la profesora. Viene a mi memoria que le comenté a mi mamá que ya me iba ir y le dije su gasto y me aparte algo de dinero para llevarme por cualquier cosa. Al salir de casa de nuevo, ya no me fue difícil yo creo que tampoco para mi mamá, porque ya sabía que me encontraba bien con una persona a quien ella conocía. Más tarde, llego a la escuela y ya me estaba esperando la profesora en su carro. En el camino la maestra me pregunta que como me había ido, le dije que bien. Al llegar a su casa saludé a su mamá y me dijo bienvenida, algo que me dio mucho gusto escuchar.

Así empezaba nuevamente mis labores. De nuevo levantarme temprano ir, a traer el pan, tender las camas y cuidara la niña que era una bebé, ella a veces lloraba pero lo hacía cuando tenía hambre, se hacía del baño o cuando se despertaba. En el transcurso de las semanas la señora me enseñó dónde tomaría los camiones que se dirigían a Atlacomulco, los taxis que te llevaban a donde querías ir y los que iban a Ixtlahuaca, precisamente estos camiones pasaban cerca de la casa donde vivían mis papás.

Pasó otro mes, la maestra me pagó y como ya tenía conocimiento de cómo movilizarme de ahí, pues el sábado decidí salirme temprano del trabajo y tome el camión para irme a casa, incluso la maestra me dijo que si quería me acompañaría a tomar mi camión, y le dije que no, solamente me comento que me fuera con cuidado y que el lunes la vería de nuevo y le dije que sí. Así corrieron los meses que trabajé con la maestra., hasta que un día le dije que ya no iría a trabajar con ella, porque mi cuñada me proponía ir a trabajar con otra profesora, pero en Toluca.

Hasta aquí, el haber salido de mi casa y de mi comunidad, así como convivir con otras personas me ayudó mucho para adquirir otro tipo de aprendizajes, así como a socializar en otros contextos donde no había regaños, donde podía comer, ver la televisión, aprender otros valores y conocer otros lugares o caminos que llegaban a casa. Por estas nuevas vivencias entendí que mi propia existencia, la cual podría ser negada por mi

papá, que con personas, que no eran de mi familia, recibía afecto, apoyo, alegrías, sonrisas y un techo, algo a lo que todo niño tiene derecho. Lo anterior lo sustentó con lo expresado por (Solé, 2007)

Al señalar que cuando aprendemos, y a la vez que aprendemos, estamos forjando nuestra forma de vernos, de vernos al mundo y de relacionarnos con él y dado que parte importante de este aprendizaje se realiza en la escuela, necesitamos una explicación integrada acerca del funcionamiento de algunos aspectos afectivos, relacionales y cognitivos en el aprendizaje escolar. Ello es lo que se pretende cuando se habla de sentido y significado. (p. 28).

Pese a lo anteriormente mencionado, dejé de trabajar en Toluca y decidí quedarme dos semanas en mi casa, volviendo a ver y padecer la violencia familiar. Incluso, una ocasión en que mi papá me golpeaba, dentro de mí pensaba que era una niña que no merecía existir, deseando hasta llegar a desaparecer. Días después, la esposa de mi hermano Carlos, el mayor de todos nosotros, me propuso que me fuera a trabajar con una profesora que estaba dando clases en otra primaria del Barrio de San Isidro, cerca de la comunidad de San Pedro El Alto. Me dijo que preparara mis cosas, y llegado el día pasó mi cuñada por mí. Al llegar a la escuela me presentó la profesora, a simple vista se veía una persona noble. No tardó en terminar de dar sus clases y nos salimos del salón para caminar donde estaba su carro y de ahí nos dirigimos rumbo a Ixtlahuaca, al llegar en esa zona tomamos un camino que iba en dirección a Toluca. En todo el camino no me expresó nada, yo le quería preguntar cuántos hijos tenía y si tardaríamos mucho en llegar a su casa, se me hizo tedioso el recorrido del camino. Después de un buen rato por fin llegamos a su casa, la cual era de dos niveles, piso azulejado, las ventanas eran enrejadas y grandes, las puertas de madera, la cocina era grande con madera lujosa.

Ese mismo día, me indicó cuáles serían mis labores domésticas: limpiar la casa, lavar la ropa, y cuidar a su hija, que tenía como cuatro años de edad. A esta maestra no le importó mi edad lo único que quería es que trabajara hasta las nueve de la noche, y de ahí podría irme a descansar o dormir a dormir. Al día siguiente ya tenía que estar despierta desde antes de las siete para indicarme lo que tenía que hacer, porque ella se tenía que ir a impartir sus clases hasta en la comunidad de San Isidro. Lo bueno que su mamá vivía a lado del edificio donde estaba yo trabajando, ella nos visitaba en el

transcurso de la mañana para llevarle el desayuno a su nieta y llevarla al preescolar, saliendo me la llevaba para que la cuidara y le diera de comer, para que cuando llegara la maestra todo estuviera en orden. Bueno, eso es lo que me decía su mamá. Yo comía lo que me dejaban, ya fuera huevo o algún guisado que hacía la mamá o la maestra para dar de comer a su esposo. Los domingos me llevaba al tianguis de Atlacomulco—donde ellos vendían ropa- para que la ayudara a cuidar su hija mientras ella atendía a sus clientes.

Así pasó un mes, y ella jamás me mencionó si quería ir a mi casa; pasaron dos semanas más y yo me sentía muy triste. En las noches lloraba porque la profesora no me decía nada y no me pagaba. Pero un sábado me armé de valor y le dije que quería ir a ver a mi mamá al día siguiente, que era domingo. Por la mañana me bañé y cambié, me puse doble ropa porque sabía que ya no regresaría a esa casa. Cuando me dijeron que si ya estaba lista para partir me dio mucho gusto. Salimos, llegando a la terminal de Atlacomulco me bajé del carro y nada más me pago la mitad del mes que trabajé con ella. Al llegar a Atlacomulco ya no me dio miedo abordar el camión, ya sabía dónde tomar el transporte que me trasladaría a San Felipe del Progreso, llegué ahí y tome el camión que me llevaría a la casa. Por fin estaba en casa, de nuevo me volví a sentir bien.

Sobre lo anterior, Petit (2003) expone algunas ideas:

En este contexto, el peligro para los niños es grande. La pérdida de cohesión, las dificultades de integración al nuevo medio, la falta de referentes, las rupturas de los vínculos entre los padres, generan situaciones de abandono, donde el riesgo social de desembocar en la renuncia a la escolaridad, la mendicidad, el delito, los trabajos nocivos o inconvenientes, son proporcionales a las dificultades para encontrar una vida familiar en el nuevo país de residencia. Por esto es que el aumento vertiginoso de los casos de trata de niños y de mujeres en la región no puede dejar de vincularse a la emigración y los desplazamientos forzados: son circunstancias que terminan generando estrategias de supervivencia desesperadas.

El fenómeno social es más rápido que la respuesta institucional. Así, los desafíos anteriores demoran en encontrar adecuada respuesta de las políticas sociales públicas de los respectivos países en que ocurren.

De todas maneras, en una generación de programas e intervenciones de nuevo cuño se comienza a crear las bases para enfrentar este problema social. Se trata de experiencias

que buscan articular lo público y lo privado, el monitoreo estatal con el empuje de la sociedad civil, buscando estrategias innovadoras que les permitan penetrar realidades cristalizadas y de dura transformación, como lo son los aspectos más problemáticos que acarrear las migraciones o los desplazamientos poblacionales (p. 6).

Viéndolo a la distancia, este periodo de mi vida limitó la posibilidad de que yo tuviera una infancia completa, sana y feliz. La incorporación temprana al trabajo remunerado me obligó a madurar y asumir responsabilidades que aún no me correspondía. Así mismo, aunque mis trabajos de esa época fueron en la misma región del estado de México, implicaron una separación casi total, tanto de mi familia como de mi comunidad. Esto marco el inicio de un largo proceso que inicia con el abandono escolar, la migración constante, así como una vida independiente y dedicada al trabajo.

Capítulo 3. Mi llegada a la Ciudad de México y el regreso a los estudios.

Con el abandono de la escuela, vino tiempo después la posibilidad de emigrar hacia la Ciudad de México para seguir trabajando. Como consecuencia se da la separación de mi familia y mi comunidad a una corta edad, ahora sí, de manera definitiva. Y paralelamente, una pérdida temprana de valores, principios, lengua, costumbres, identidad, entre otras cosas. Un proceso de mestizaje paulatino y permanente.

3.1 La irremediable incorporación a una nueva sociedad.

Para 1991, a la edad nueve años, tuve que incorporarme a una nueva sociedad. Dejando atrás la falta de afecto, así como la situación de violencia y pobreza que marcaron mi infancia. Mi llegada a la ciudad implicó –inicialmente- sentirme ajena en un lugar diferente a mi entorno original; conocer nuevas cosas, tratar con gente diferente en cuanto su forma de ver la vida; bueno, hasta de comer y vestir. Uno de los últimos sábados que trabajé en Toluca, me bañé y fui a casa. Estando ahí, casualmente me encuentro a mi amiga Margarita que venía del trabajo. Luego de saludarnos y platicar un rato, me pregunta si quería trabajar con ella en la Ciudad de México, por el Ajusco. Pues le dije que sí. Así empieza mi alejamiento definitivo de mi familia y comunidad. Mi amiga era más grande que yo, tenía como 15 años de edad. Entre la plática yo pensaba, e imaginaba cómo sería, la Ciudad de México: me perderé y estaré sola, pensaba en mi mamá. Así pasaron las dos semanas, cuando me di cuenta llegó el momento y fue a la casa para recordarme que al día siguiente nos iríamos, en ese instante sentí que mi corazón latió más rápido de lo debido. Le dije a mi mamá, me voy con Margarita a trabajar, ella me respondió que como yo quisiera. Dentro de mí, esperaba que me dijera que no, que no la dejara, pero no expresó nada.

Tengo presente aquel domingo, a las tres de la tarde, cuando tomamos el primer camión que nos llevaría a la terminal de Ixtlahuaca, donde tomaríamos un segundo autobús, el cual nos trajo a la Ciudad de México, a la terminal de Observatorio. Al llegar ahí todo me sorprendía, veía todo grande, los edificios, los parques, las casas; sentía que la gente me miraba como bicho raro. Recuerdo que tenía mucho miedo. Así tomamos otros dos camiones que nos llevarían hasta el Ajusco. De ahí llegamos a una casa muy grande,

incluso tenía un jardín muy bonito. Rato después de entrar, apareció una señora que me preguntó mi nombre, y así sin más, me dijo, tú serás mi dama de compañía. Al día siguiente nos paramos temprano, como a las seis de la mañana para limpiar todos los cuartos de la casa y la cocina, a hacer el desayuno, porque el señor dueño de la casa desayunaba antes de irse a trabajar, él era médico. De pronto me dijo la señora, cámbiate de ropa porque me acompañarás a traer a mi hija que ya mero saldrá de la escuela. Dicha escuela era una institución privada, cuando vi a su hija me gustó ver que era casi de la edad que yo tenía. Al verla me sentí mal o triste, porque al subir inmediatamente a la camioneta saludó a su mamá y ésta le dio un efusivo abrazo, además de preguntarle cómo le fue. Al ver esa escena me hubiera gustado que mis padres realizaran esas acciones.

Así pasó mi primer mes de trabajo doméstico con esa familia. Al cumplirse ese mes nos pagaron puntualmente. Yo recibí ochocientos pesos, que para ese entonces era mucho dinero para mí. Nunca había tenido tanto dinero mío. Ya por la tarde de ese día, mi amiga me planteaba si nos íbamos al pueblo, con nuestra familia, o a pasear a La Marquesa, o bien, ir a dar la vuelta a la Zona Rosa, por la Glorieta de los Insurgentes. Este espacio era el preferido de mi amiga, se quedaba de ver con sus amigos, los cuales me presentaba. Nos quedábamos un buen rato ahí sentadas, comiéndonos un helado. Dando las cuatro de la tarde nos íbamos a comer unos tacos de canasta que ahí vendían, luego nos regresábamos al trabajo. Al otro día, igual nos parábamos temprano a realizar las mismas actividades cotidianas.

Pasó otro mes y decidimos ir a la casa a visitar a nuestras madres. Al llegar a mi casa saludo a mi madre, que de inmediato me pregunta que cómo era en la ciudad, le comenté que era muy bonita, grandes edificios, y mucha gente muy blanca; y que estaba trabajando en una casa igual de grande y bonita. Del dinero que empezaba a ganar le daba la mitad a mi mamá para sus gastos y la mitad para mí. Con ese dinero me compraba zapatos y ropa que necesitaba o me gustaba. Así mismo, seguí trabajando durante medio año más en esa casa, incluso viví ahí mi primera navidad con esa familia, pero trabajando. Todo esto era nuevo para mí, me gustaba el tipo de comida que acostumbraban, pero mucho más la que prepararon para la noche buena; igual me emocionó ver los adornos del árbol. Pero dentro de mí me sentía algo vacía, por estar lejos de casa y sin mi familia, también al ver a la niña como la trataban y le compraban regalos, que por supuesto yo nunca tuve. Sin que nadie me viera, me puse a llorar hasta

cansarme. Mi sensación de tristeza, me llevó a tomar unas pastillas—tiempo después entendí que de manera imprudente- que estaban en una caja, sin saber para qué eran.

Apenas y recuerdo que en esos momentos yo pensaba que a nadie le importaba mi vida, ni lo que me pasaba. Esto fue hace tantos años, que ahora sólo puedo pensar que intenté quitarme la vida. Luego de tomarme estas pastillas me dio una especie de sueño, fue todo lo que supe. Al día siguiente me preguntaron qué porque me fui a dormir y no respondí a sus llamados para ir a cenar, les dije que me sentía con dolor de cabeza.

Después de dos semanas la señora me comentó que si quería irme a trabaja con su mamá, que vivía cerca de ahí. Acepté su propuesta. No recuerdo por qué, si ahí me trataban y me sentía bien. Al llegar a la casa de su madre, calculé que la señora tenía unos setenta y cinco años. Ella me dijo que le daba gusto que le hiciera compañía porque se encontraba casi sola, pese a que tenía un hijo que se llamaba Sergio, él tenía como unos cuarenta y cinco años. Ahí pasé mucho tiempo de trabajo y de convivencia agradable con estas personas. Incluso me di cuenta que yo les caí bien porque este señor me indicó que no le dijera señor, sino tío y su mamá, abuelita. Me gustó estar ahí, a lo único que le ayudaba la señora era trapear, tender las camas e ir por el mandado para la comida. Con esta persona aprendí hacer las albóndigas o el arroz, porque cada que cocinaba la veía y me decía que moliera los condimentos en el molcajete.

Un día, el tío Sergio me presentó a su novia, era muy agradable, incluso ella me invitaba a comer a su casa. Con ella viví una de las experiencias que marcó parte de mi vida. Uno de esos días me regaló un cuaderno, un lápiz y una goma, aconsejándome que me pusiera a estudiar, pues no toda la vida debería estar trabajando en casa. De hecho, le hice caso, y con una nieta de la señora averigüé qué hacer para ingresar al INEA, donde ella estudiaba. Me informó, llevé los papeles que me pedía y me inscribí. Pero debo admitir que no se me daba mucho el estudio, y menos ser autodidacta, tal como el programa lo requería. Al poco tiempo abandoné esos estudios.

Otro factor que influyó para dejar de estudiar, fue que me tuve que ir a trabajar a otro lado. El tío Sergio me llevó con su hija, quien vivía en la delegación Álvaro Obregón. La verdad no recuerdo cuantos años viví con esta persona, pero igual me caía bien y era buena persona conmigo. Ella se iba a trabajar y regresaba cada semana, por lo regular me quedaba sola en su departamento. Le ayudaba en los quehaceres de su casa, o el fin de semana atendía a sus amigas, pues hacía fiestas o reuniones en su departamento. Al

inicio no entendía por qué llevaba o llegaban muchas amigas, tiempo después me di cuenta que ella era lesbiana.

Después de tanto tiempo de convivir con ella y contar con suficiente tiempo disponible, pensé que tenía que hacer algo con mi vida. De esa manera decidí que tenía que estudiar, pero ahora sí, convencida de ello. Casualmente me percaté que en una escuela primaria cercana estaba la convocatoria de inscripción, era una escuela nocturna para trabajadores. Le mencioné a mi prima que iría a inscribirme para retomar mis estudios, ella mostró su acuerdo.

Trabajar con ella me permitió cumplir otro de mis sueños de aquellos tiempos, bautizarme. Empecé a ahorrar dinero para realizar tal evento, el cual se llevó a cabo el 18 de agosto de 1996 en la parroquia de San Felipe Santiago del Progreso. Tuve que ahorrar durante año y medio, más o menos, luego de esto, comenté a mis padres que yo ya tenía quince años y que era justo que me llevaran a bautizar. Así, juntos fuimos a visitar a un primo de mi papá, Silvestre de Jesús y su esposa Martina Vargas para que fueran mis padrinos. El agasajo fue en casa de mi familia.

3.2 El regreso a la escuela para terminar mis estudios de primaria.

Para 1997, a la edad de quince años, me reincorporé a la educación primaria, en la escuela llamada Enrique de Olavarría y Ferrari.

Era una escuela nocturna en la que te aceptan después de cumplir quince años. El horario de clases era de cinco de la tarde hasta las ocho o nueve de la noche. Al llegar, observé que no era la única de mi edad, y que había señores, señoras, desde obreros hasta amas de casa. Ahí curse tres grados: cuarto, quinto y sexto. Aquí tuve otras experiencias en mi trato con la gente. Estas personas eran solidarias, porque algo que yo no sabía me ayudaban a entenderlo, o las propias maestras me explicaban de manera personal. Este acompañamiento me dio mayor seguridad. Su metodología de enseñanza y disposición me permitían vencer la pena, mis inseguridades, ya que eran pacientes cuando veía que me costaba trabajo entender las materias, principalmente, matemáticas. Admito que los primeros días se me complicó, que me fue muy difícil entender a los profesores, y muchas veces a mis compañeros cuando pretendía resolver mis dudas. Con respecto a los compañeros, porque veía que tenían más experiencia que yo.

Reconozco que derivado de mi origen, por mi escaso manejo del español, y por tanto mi dificultad para expresarme tanto oral como escrita, así como por mi edad y casi nula sociabilidad, no me doblegué. Seguí adelante para terminar el cuarto grado de primaria.



Alicia Estrada, Escuela Enrique de Olavarría y Ferrari, Ciudad de México, Octubre de 2018, imagen de la parte externa de la primaria.

En 1998 curso el quinto grado de primaria, año en el que ya con más confianza me interesé por las materias, en parte porque la institución nos daba la facilidad para trabajar y seguir estudiando. Pero también influyó la forma de enseñanza de las profesoras. Yo percibía que esas profesoras se preocupaban por sus alumnos, que consideraban sus condiciones de vida, ya que la mayoría era mayor de edad, estudiaban y trabajaban; otros eran casados y con hijos, y otros, como yo, que presentaban muchas deficiencias formativas. Me daba cuenta que hacían las clases accesibles, que atendía las dudas de cada uno, que de manera individual nos daban sugerencias o consejos, que nos motivaban a seguir preparándonos. Para este tiempo ya empezaba a sentir gusto por aprender, por conocer, por superarme a través del estudio.

En 1999, ya tenía diecisiete años, edad en la que concluyo el nivel primaria, habiendo sido una etapa satisfactoria para mí. Sentí que ya había hecho algo bueno en mi vida. Pero aun así me sentía vacía de conocimientos. Pensaba que esto de la primaria no podía mejorar ni mi situación social ni económica.

En el transcurso de esta época, la persona con quien trabajaba me da la noticia que se tenía que cambiar de ciudad –creo que a Ciudad Juárez- porque le ofrecían otro trabajo, y que si quería, que me fuera con ella. Yo me sentía triste porque ya me había acostumbrado a vivir aquí en la ciudad y me sentía a gusto en su compañía.

En dicha situación, se daba la casualidad que mi prima y mi tía trabajaban por Mixcoac, por eso algunas veces me las encontraba. Recordé esto, y entonces uno de esos días las fui a buscar para ver si podía conseguirme un espacio donde pudiera trabajar. A los poco días me llama la prima y me dice que ya tenía un trabajo para mí, que era un lado del edificio donde ella laboraba. Así, me despido de patrona y le di las gracias por haberme permitido trabajar y convivir tanto tiempo con ella. Sólo tardé una semana en acceder a mi nuevo trabajo. Los primeros días me hicieron trabajar mucho.

Recuerdo un día que no desayuné sino hasta como eso de la cinco de la tarde. Me dieron arroz y un huevo, eso fue lo que comí durante todo el día. Hasta la mañana siguiente pude desayunarme un pan de dulce con café. Ahí trabajaba de 6 a.m. hasta las 10 de la noche, haciendo todo el quehacer de la casa, lavar el patio donde había un perro. La primera vez que limpié la cocina, parecía que no la habían limpiado durante un mes, ya que estaba llena de mugre y cochambre. Este trabajo era muy pesado, incluso la señora me gritaba porque no había planchado muy bien las camisas de su esposo.

Tal situación me lleva a reconocer las acciones del actual gobierno federal, en el sentido de incorporar al Seguro Social a las trabajadoras domésticas, otorgándoles con ello el acceso a un salario más justo, a servicios médicos, de vivienda, derecho a jubilación y a un trato justo. La verdad es que, a partir de mi experiencia, muchas de esas trabajadoras son explotadas, denigradas, y en muchos casos, víctimas de acoso sexual. Aunque pienso que habrá mucha resistencias de los patrones, ya que no existe una cultura de respeto hacia el trabajo de la mujer.

Las acciones emprendidas por la autoridad laboral corresponden con lo señaladas por la ONU (2013), en el sentido de que:

Los Estados deben adoptar todas las medidas necesarias para asegurar que el trabajo doméstico no remunerado no afecte de manera desproporcionada el disfrute de la mujer por sus derechos y facilitar el establecimiento de condiciones que aseguren dicho disfrute en pie de la igualdad con el hombre.

Pasando alrededor de dos semanas, me llama mi prima Irma para preguntarme que cómo me sentía en ese trabajo. Le dije que no me sentía bien porque la señora me regañaba y no comía muy bien. Mi prima me sugirió que dejara ese trabajo, que ya me había conseguido otro. Sólo que ella nunca me dijo que era el lugar en el que estaba

trabajando, y que para poder sacar sus cosas y poderse ir, le exigieron que consiguiera una persona que la supliera. Sin saber esto, acepté y me fui con ella a mi nuevo trabajo.

3.3 Estudiar la secundaria y trabajar.

Era un viernes cuando me cité con mi prima en las afueras del metro Mixcoac para que me llevara a mi nuevo trabajo. En el transcurso del camino me contaba cómo eran las personas con quienes trabajaría también por la colonia Olivar del Conde. Recuerdo que bajamos del camión y recorrimos solamente una media calle, en ese instante yo sentía miedo y a la vez curiosidad por conocer a estas personas. Tocamos el timbre y sale un señor –de nombre Francisco- como de cuarenta y cinco años, él nos recibió muy amablemente y nos dijo que nos pasaríamos a su casa. Entonces mi prima al presentarme le comenta que yo era la persona quien trabajaría con ellos. Al instante observé que mi prima se dirigía a su cuarto a sacar sus pertenencias.

Al terminar, le dijo al señor “pues ya cumplí en traer a una persona y me llevo mis cosas”. En ese instante me sentí engañada por mi prima que no me había comentado el hecho de que para dejar ese trabajo y sacar sus cosas, le habían puesto como condición llevar una persona que la sustituyera. Después de que mi prima se despide, ésta me dice, pues aquí te quedas. No tardó en bajar la familia, integrada por su esposa Yolanda, un hijo de ellos y un sobrino, además de una cuñada y el padre de ésta. Me saludaron, luego la señora me indica donde dormiría y cuáles serían mis actividades de trabajo. Pasado un rato, el señor Francisco me manda a comprar unos tacos en un restaurante que estaba a ocho cuadras de su casa. Cuando me dijo eso sentí miedo, porque pensé que no daría con el lugar o que me perdería entre tantas calles. Ya en camino iba preguntando donde quedaba tal lugar y me iba fijando entre qué calles me encontraba. Algunas personas a las que les preguntaban me miraban como si yo fuera una ratera, incluso me ignoraban o me dejaban con la palabra en la boca. Después de tanto recorrido llegué donde debía comprar los tacos. Aún recuerdo que llegué cansada y triste, porque nunca pensé vivir una experiencia así. Más tarde los señores me dijeron que mi sueldo sería alrededor de mil pesos al mes. Ese día comimos y me fui a dormir. Ya en el transcurso de la noche me puse a repasar y llorar por lo que me había pasado con esas personas y con mi prima. Me daba coraje porque a pesar de mi edad aún me consideraba muy tonta e inexperta de la vida, además de que sabía que aún me faltaba mucho para poder expresarme adecuadamente. Igual sentía coraje porque mis papás no

se encontraban conmigo, o porque no me dieron el apoyo que requerido en esa etapa de la vida. Pensaba que estar en ese trabajo sería otra nueva experiencia en mi vida.

En dicho trabajo me levantaba como veinte para la siete para hacer mis quehaceres, lavar la ropa, tender las camas, ir por el mandado y hacer la comida. Me parecía mucho, pero me sentía bien al estar con esas personas. Después de pasar un mes trabajando con ellos me fui a mi casa a ver a mi mamá, porque la extrañaba mucho. Estaba gustosa por llegar a casa. Saludo a mis padres, pero los sentí muy fríos. Ni siquiera me preguntaron cómo me iba, que hacía o donde trabajaba. Eso me hizo sentir mucho coraje, y a reprocharles muy dentro de mí por todo lo que no me habían brindado, y hasta el hecho de haberme dado la vida.

Muchas situaciones que viví en mi nuevo trabajo me hacían darme cuenta que era una joven con muchas carencias, y por lo tanto, sufría discriminación en todo momento. Viene a mi mente que cuando iba a comprar a la recaudería la señora me decía, habla bien porque no te entiendo lo que quieres, pareces niña de pueblo. Esto me provocaba enojo y tristeza porque me lastimaba y no sabía cómo defenderme o contestarle; me daba miedo decirle algo porque sentía que me iba a golpear. Pasados unos tres años, los señores, ya con más confianza, me insultaban o se desquitaban conmigo cada que se peleaban. Ellos decían, pues ya te puedes retirar, la puerta esta ancha. Pero ya después cuando se les pasaba sus corajes me pedían disculpas. Esto se repitió infinidad de veces.

Reflexionando sobre lo arriba dicho, insisto en la pertinencia de que las nuevas autoridades –al menos en la capital del país- apliquen legislaciones benéficas para las trabajadoras del hogar. Ejemplo de ello es la incorporación del Artículo 59, integrado en la Constitución Política de la Ciudad de México (2019,2), el cual habla: De los derechos de los pueblos y barrios originarios y comunidades indígenas residentes, que en el inciso K, referente a los Derechos Laborales, establece lo siguiente:

1. Esta Constitución protege al personal doméstico en sus relaciones laborales, para garantizar que se respete su dignidad humana y condiciones dignas de trabajo y remuneración.
2. Se emitirá una ley para la protección a las trabajadoras y trabajadores indígenas domésticos y ambulantes, en el marco de las leyes federales en la materia.
3. Se crea el Servicio del Registro Público en el que todos los que empleen a estos trabajadores tienen la obligación de inscribirlos, de no hacerlo será sancionado de

acuerdo con la ley en la materia. La ley establecerá los indicadores que deberán contener los registros.

Al respecto, resulta pertinente hacer referencia a un personaje femenino que ha hecho visible la situación laboral y de discriminación hacia miles de mujeres, principalmente indígenas. Ella es Marcelina Bautista quien:

Motivada por su experiencia y la de muchas mujeres, ha hecho visible lo invisible sobre las condiciones de millones de trabajadoras domésticas que no cuentan con contratos, horarios, prestaciones o seguridad social. Ha creado un programa único que combina la educación para las y los trabajadores domésticos, sus empleadores y organizaciones de la sociedad civil. En su Centro de Apoyo y Capacitación para Empleadas del Hogar A.C. (CACEH), fundado en el año 2000, imparte información patronal, valorización económica y social de la labor doméstica y derechos sexuales y reproductivos. (ONU Mujeres, 2014, p.1).

Cabe agregar que por su labor, Marcelina recibió el Premio por la Igualdad y la no Discriminación (2013), otorgado por la CONAPRED en nuestro país; igualmente, es conocida a nivel regional por su lucha como Coordinadora para América Latina de la Federación Internacional de Trabajadoras del Hogar.

Un día, la hermana de mi patrona, quien convivía diariamente con ellos, decidió que su hija hiciera la primera comunión y que mis patrones fueran los padrinos. Más tarde, éstos me preguntaron que si quería hacer la primera comunión junto con su sobrina. No lo dude y les dije que sí, entonces, dijeron que serían mis padrinos. Para tal evento vino mi hermano mayor, su esposa y mi mamá. Al concluir la ceremonia –y antes regresar al pueblo-, mi familia antes de irse encargó a mis nuevos padrinos que me cuidaran.

Con esa familia estuve hasta que cumplí más o menos veinte años de edad. Pasé mucho tiempo de trabajo y convivencia con ellos; se fue generando más confianza, hasta me decían que yo era parte de la familia. Luego me di cuenta que era tanta la confianza, que llegó un momento en que yo les trabajaba pero no me pagaban lo que deberían darme. En ocasiones, cuando me iba a visitar a mis papás me decían que me regresara rápido porque si no, quién les ayudaría en la casa. Así pasaron los meses, llegaba a transcurrir mucho tiempo y no podía ir a ver a mi mamá. Incluso una ocasión le tuve que pedir a mi mamá que viniera a verme, debido a que yo no podía ir y a que ella se encontraba

enferma. Estar aquí era la manera fácil de que yo la pudiera atender y llevarla al doctor. Ellos dejaron que se quedara dos semanas conmigo.

Aunque eran mis padrinos y su trato era diferente, aún me sentía sola e improductiva, sin realizar alguna actividad provechosa. Un día decidí comentarles que yo quería estudiar, además de practicar algún deporte. Al respecto, mostraron su acuerdo, pues, me llegaron a decir que preferían que hiciera eso y no que me pasara el tiempo “echada”. Se comprometieron a apoyarme para pagar lo necesario, pero eso lo hicieron sólo al principio cuando ingresé a la secundaria.

Para 1999 ingreso en la escuela Secundaria para Trabajadores N° 59, Enrique Conrado Rébsamen, ubicada en la avenida Alta Tensión, en la delegación Álvaro Obregón, aproximadamente yo tenía la edad de diecisiete años. En esta escuela había alumnos jóvenes que eran rechazados por otras instituciones, la mayoría eran adultos o trabajadoras (es) –muchos padres y madres de familia- que querían estudiar porque les pedían su certificado en sus trabajos por ascender. Como al principio tenía miedo de ser discriminada, nunca les dije a mis compañeros y maestros de donde venía o cuales eran mis raíces. Solamente les decía que vivía con ms padrinos por el Olivar. Esta escuela tenía un plan de estudio accesible pero también exigente para preparar a las personas.

Esa secundaria para trabajadores cumplía con una función, rescatar a los alumnos rechazados o que no pudieron estudiar en escuelas diurnas, pero debían ser mayores de quince años; pero especialmente, concurrían personas mayores de edad, con otra actitud, intereses y expectativas. De esto me daba cuenta cuando los más grandes o señores mostraban su desacuerdo con comentarios o la forma de enseñanza de los profesores.

Me gustaba mucho asistir a esta escuela, pese a diversos inconvenientes –el trabajo, mis padrinos, el dinero- nunca dudé concluir la y trataba de cumplir con todas las materias. Hubo profesores que confiaron en mí y me exigían más de lo debido, según decían, porque me veían mucho ímpetu y las ganas de estudiar, pese a mis escasos conocimientos y la forma de expresarme. Hasta llegué a ser abanderada de la escolta. Dicha escuela me ayudó a enfrentar mi miedo y tener la confianza que me hacía falta para poder defenderme de las personas que llegaban a agredirme, a ganar seguridad y certeza de lo que quería hacer en mi vida.

Pese a que a estas alturas mis padrinos dejaron de apoyarme, me sentía muy motivada para seguirme preparando, decidí –aunque con muchas dificultades- estudiar artes marciales, específicamente Taekwondo. Al principio, este deporte era un hobby para mí, posteriormente, le dediqué más tiempo y dedicación, lo disfrutaba y mis resultados eran más que buenos. Poco a poco se iba convirtiendo una necesidad, creo que porque me ayudaba a sacar toda la ira que traía dentro de mí. Sin darme cuenta ascendí a cinta blanca a marrón, luego marrón avanzado, más tarde roja, después roja avanzada, hasta obtener el grado de primer dan, que es cinta negra. Este deporte se fue convirtiendo en parte de mí, día a día entrenaba con mucho ímpetu, lo que me permitió participar en torneos en diferentes sedes o escuelas de aquí en la ciudad, tales como la alberca olímpica, incluso tenía la oportunidad de participar en lugares como Acapulco y Colima. Un día me invitaron a un torneo para formar una selección que asistiría a Corea del Sur. Tristemente recuerdo que ese día fui seleccionada, pero no tenía dinero, ni pasaporte para viajar. Así perdí la oportunidad de conocer a ese país.

El año 2002 marca el término de mis estudios de secundaria y de mi actividad deportiva. Durante este periodo de tiempo logré concretar varios de mis sueños, cosas que pensé que nunca lograría. Todo esto significó mucho para mí. Me dio confianza y fortaleza, pero –debo admitirlo- también me llevó al olvido de mi lengua, de mis costumbres y de mis orígenes, de mi identidad.

Al salir de la secundaria no tuve la oportunidad de ingresar de inmediato al nivel bachillerato. Esto aún tardo como unos tres años más. En ese tiempo, los que se hacían llamar mis padrinos, ya no quisieron que yo estudiara porque decían que iba a perder mucho tiempo y no me podría hacer todos mis quehaceres. Con todo esto pensaba que otra vez se estaba generando una ruptura en la consolidación de mi proceso formativo.

Esa situación, aunada al hecho de que la actitud de mis padrinos se volvió más dura para conmigo, al grado de echarme en cara todo lo que se les ocurría, de volver a tratarme de forma ruda y grosera, incluso de contarme lo que me comía y de no darme la oportunidad de progresar, me daba coraje y rabia. Pero también yo había cambiado y sabía que ya era tiempo de que por mí misma decidiera lo que quería hacer de mi vida.

Ante esta situación, eché mano de algunos amigos que conocí en el transcurso de la escuela secundaria. Como ya tenía decidido dejar la casa de mis padrinos y cambiar de residencia y trabajo, llamé por teléfono a varios de ellos para preguntarles si sabían de

algún lugar donde rentaran un cuarto. Tuvo que pasar casi un mes para encontrar un lugar a dónde irme. En tales circunstancias llegó un día viernes en que mis padrinos salieron a pasear -y que de hecho nunca me llevaban-, es día me apresuré a juntar mi ropa, incluso la hermana de mi madrina, con quien me llevaba bien, me ayudó a llevar algunas bolsas para que la resguardara en su departamento; igualmente su hermano, quien vivía en Ciudad Juárez me ofreció que me fuera con él para ayudarle a su esposa.

Él era reportero, recuerdo que le respondí que no porque estaba muy lejos para poder visitar a mis padres. Él y su hermana me decían que su hermana mayor –mi madrina- estaba muy mal, que no era correcta la forma como me trataba. Por ambos me ayudaron a sacar mis cosas.

Cuando mis padrinos regresaron de su paseo, les dije que ya era mejor que me retirara porque ya no era agradable convivir con ellos, les di sus llaves y les dije que revisaran mis cosas para que confirmaran que no me llevaba alguna de sus pertenencias. Me insultaron, pero eso ya no me hacía sentir mal. Recuerdo que haberlos confrontado y lograr salir de ahí me hacía sentir liberada.

3.4 Mis estudios en el bachillerato.

Aquí comienza otra parte de la historia de mi vida. Esta inicia con la decisión de dejar de trabajar en cuestiones domésticas, y en especial, de superar la situación que viví con mis padrinos. De esta manera, logro conseguir lo que sería mi primer y propio hogar en la ciudad. Era un cuarto rentado que media tres por tres metros y cuyo baño estaba afuera. No era grande, pero me gustaba y me sentía con libertad de hacer mis cosas. En mi primer día me dormí en el piso, tendí mi gabardina de cuero y me tapé con una sola cobija –así pese a la incomodidad inicial-, dormí hasta el día siguiente. Días después me hice amiga de un vecino quien vivía en el mismo lugar, él me regalo una cobija, lo cual le agradecí, porque aún no tenía dinero para hacerme de mis cosas. Después de algunos meses, y abusando de la confianza que yo le había brindado, dicha persona intentó pasarse de listo conmigo, motivo por el que inmediatamente le dejé de hablar.

Así mismo, conocí a otra persona a quien agradezco haberme mencionado que ya estaba abierta la convocatoria para el nivel bachillerato, por lo que de inmediato fui a investigar los requisitos para inscribirme y empezar a estudiar de nuevo. Pese a mi situación económica, estaba convencida de que quería seguir preparándome, deseaba

progresar y pensaba que estudiar era uno de los caminos más seguros. Para este tiempo, aún no conseguía empleo, el dinero que tenía ahorrado empezaba a agotarse, y ya me preocupaba no tener para próxima renta.

Poco tiempo después conocí una persona que vendía perfumes en los tianguis, debido a que me generó confianza le platiqué mi situación, pero sobre todo mi anhelo por seguir estudiando. Parece que eso le conmovió, y se atrevió a ofrecerme trabajo. Acepté, y casi de inmediato inicié los trámites para mi ingreso al bachillerato.



Alicia Estrada, Plantel del nivel bachillerato de Lázaro Cárdenas del Río, Av. Jalapa N° 120, Santa Fé El grande, Ciudad de México, octubre de 2018.

En 2005 ingresé al Instituto de Educación Media Superior del Distrito Federal (IEMS), plantel Gral. Lázaro Cárdenas del Río, ubicado en Jalalpa, delegación Álvaro Obregón, luego de registrar mis documentos, llenar la solicitud y presentar un examen diagnóstico. Días después me hablaron por teléfono avisándome que había sido aceptada, y debía ir a inscribirme, informándome que a la siguiente semana debía presentarme a clases. Eso me dio muchísimo gusto porque cumplía otro de mis sueños. Después de unos meses solicité la beca, y me la dieron, esto me ayudaba a sostener mis estudios y parte de la renta y comida. Recuerdo que me gustaba mucho estudiar en esa escuela porque el plan de estudios se adecuaba a mis necesidades y las de otros alumnos. Era interesante saber que cualquiera que deseara ingresar lo podía realizar, pues no había requisitos de edad, de origen étnico, ni de posición económica, o del tipo de bachillerato. Igualmente, me encantaba la convivencia que se daba entre maestros y alumnos.

Durante todo ese ciclo escolar, y dada la infinidad de carencias que yo cargaba, tomé como estrategia acudir a los cubículos de los profesores para solicitarles apoyo

personalizado. Sobre todo en materias como matemáticas, literatura, química, entre otras, las cuales me costaban mucho trabajo. El saber que me faltaban técnicas de estudio, conocimientos en general, dificultades para expresarme, tanto de manera oral como escrita, además de creer que no era inteligente y de que no contaba con alguna persona de confianza que me pudiera ayudar, provocaba que me sintiera tonta a lado de otros compañeros que tenían otro nivel de conocimientos.

Tal situación me generaba frustración, coraje conmigo misma, hasta con la vida y con mis propios padres. Como consecuencia viví aislada durante un buen tiempo, casi podría decir que era antisocial. Siempre cuestionándome el por qué estaba sola, por qué no tenía amigos, por qué la gente me veía como bicho raro, o por qué no podía expresarme adecuadamente, o por qué no podía defenderme de las cosas que me ocurrían. Estas preguntas y muchas más se repetían constantemente dentro de mí.

A la distancia, creo que caí en una especie de depresión, de pérdida de autoestima, sentía un gran vacío o carencia en mi vida. Comprendo que estaba cayendo en un estado de desconexión con el resto de la sociedad, rechazo provocado por “ser india” y por mi color de piel, por no poderme expresar “apropiadamente”, o simplemente por ser pobre, pensaba yo. Lo único que esperaba de la gente era que me preguntara: ¿cómo estás? Sentía gran soledad, Me sentía discriminada, excluida, esas sensaciones me asfixiaban. A los veintidós años aún tenía mucho resentimiento con la vida y con mis padres. Aún seguía preguntándome porque ellos eran así, y porque yo no tenía las cosas que otras chicas tenían. En esas circunstancias, tenía claro que la gente me rechazaba porque era tonta, porque no me sabía expresar, ni escribía apropiadamente, como lo hacían los demás. De ahí las burlas de las demás.

Igualmente, importante es mencionar que todas esas situaciones padecidas durante el transcurso de mi bachillerato, me llevaron a renegar de mis orígenes, de mi lengua, cultura y hasta de mi vestimenta. Esto debido a que creía que esos eran motivos por los que era discriminada.

Finalmente, y pese a tales circunstancias, pude finalizar mis estudios de nivel bachillerato en julio de 2008. De este periodo, después de reflexionarlo mucho, me queda claro que yo tenía una gran necesidad de sentirme cobijada, querida, apoyada, sobre todo por mis padres, que tan lejos estaban de mí.

Pero de algo estoy segura, todos esos cambios que se dieron en mi niñez y juventud modificaron mi forma de pensar, de ver la vida, me crearon esperanzas y anhelos, me ayudaron a creer en mí, a valorarme, a empezar a aceptarme y a reconocermme.

3.5 Mi ingreso a la UACM.

Debo aclarar que esta parte de mi autobiografía es más extensa debido a la variedad de experiencias, aprendizajes y vínculos que desarrollé, aspectos que me ayudaron a superar deficiencias, tener más claridad en mis objetivos, fortalecer mi carácter, adquirir mayor seguridad, mejorar mis herramientas de aprendizaje –aunque sé que no fueron las suficientes-, en suma, una serie de situaciones que en buena medida han perfilado mi vida actual.

Luego de concluir el bachillerato no tuve problema en decidir mi ingreso a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, debido a que se nos había comentado que los egresados del IEMS tenían pase automático a dicha institución, ya que compartían el mismo origen en su creación. En aquellos tiempos este aspecto no se consolidó debido a cuestiones políticas, lo que provocó una desarticulación entre el IEMS y la UACM. Finalmente, a la fecha, en cada convocatoria de ingreso a la universidad, los alumnos provenientes del esa prepa tienen su lugar asegurado.

Durante una plática de introducción al medio académico en el plantel San Lorenzo Tezonco de dicha universidad, tuve conocimiento sobre su origen, objetivos y carreras o licenciaturas que ahí impartían. Pero también debo reconocer que en ese tiempo yo no tenía una idea clara y fundamentada sobre qué estudiar. Por ello fue que elegí inscribirme en la licenciatura en Historia y Sociedad Contemporánea, pensando que era la opción más apropiada para mí. Con el tiempo dudaba sobre mi elección, pero ya estaba ahí y tenía que cumplir. Nunca me ha gustado dejar las cosas a medias.

En la plática mencionada se señaló que la UACM fue fundada por el ingeniero Manuel Pérez Rocha –ya durante la jefatura de gobierno de Andrés Manuel López Obrador-, quien también había participado en la creación de los CCH de la UNAM, allá por los años setenta. Igualmente, se explicó que la consolidación de la UACM tiene como antecedente la lucha emprendida por la comunidad de Iztapalapa por construir el IEMS

en esa demarcación; además de presentar un modelo educativo y una forma de gobierno innovadores.⁴

Considero interesante, para complementar lo arriba descrito, hacer referencia a algunos fragmentos del artículo del periodista, investigador y catedrático Carlos Fazio a raíz de una movilización masiva de la comunidad *uacemita* contra la rectora Esther Orozco, quien en 2012, con un discurso neoliberal pretendía cambiar el modelo educativo original de la UACM.

Dicho artículo consignaba que:

La Universidad Autónoma de la Ciudad de México vive su primera gran crisis. El problema es político. Tiene que ver con dos proyectos de universidad. El conflicto exhibe la pugna entre educadores, científicos, intelectuales y estudiantes por apropiarse de uno de los lugares donde se produce y se distribuye el conocimiento socialmente más significativo en la ciudad de México. La UACM es un proyecto educativo popular en construcción y como tal se ha ido forjando una identidad. La disputa es en torno a esa identidad, se da entre quienes pretenden profundizar el modelo y quienes aspiran a desmontarlo.

La UACM nació en septiembre de 2001 tras 18 años de políticas neoliberales. Cuando la tecnocracia fundamentalista apostaba a que el Estado abdicara de su responsabilidad de garantizar la educación pública, laica y gratuita. Uno de los propósitos deliberados del proyecto excluyente neoliberal era que la educación dejara de ser factor de movilidad social. Eran los días de la dictadura del pensamiento único y, mediante una campaña de intoxicación propagandística manipuladora, cobraba auge la degradación de todo a la perspectiva mercantil. Se impuso el vocabulario de quienes combaten en el mercado por la mayor ganancia. Un lenguaje empresarial corporativo con eje en productividad, competitividad, excelencia, calidad, rendición de cuentas.

Fue en ese contexto que, en 2001, a contracorriente del modelo educativo mercantilizado y sin pretender competir con nadie, surgió la UACM como un proyecto

⁴ Para conocer más al respecto se recomienda revisar la Ley de creación de la UACM, así como su Estatuto Orgánico.

cultural y de educación pública, laica, gratuita, científica, humanista, universal; alternativo al modelo hegemónico de excelencia y comprometido con la sociedad, principalmente con los habitantes de la ciudad de México. Ante la ausencia de una idea de sociedad y de vida social civilizada, por ley, la razón de ser de la UACM fue y es la formación de mujeres y hombres con compromiso social, cultos, libres, con pensamiento crítico y humanista, y conocimientos científicos y tecnológicos sólidos y actualizados, que contribuyan a construir una sociedad educada, equitativa y solidaria.

En una perspectiva histórica, más allá de la dictadura de los diplomas, de procesos meritocráticos y clasistas, y de la búsqueda de certificados burocráticos o comerciales de productividad, calidad, evaluación y eficiencia, se trata de formar jóvenes comprometidos con la verdad, para que puedan contribuir en la práctica a solucionar los problemas humanos en la perspectiva de Publio Terencio. Allí radica, pues, la disputa por la UACM, entre quienes aspiran a profundizar la construcción de una educación y una ciencia liberadoras, emancipatorias y quienes de manera vertical y autoritaria quieren desmantelarla, asfixiándola presupuestariamente y generando miedo maniqueo, histeria xenofóbica y delación a su paso.”⁵

Ese evento, que sentó precedente, pues no se había dado el caso de que la comunidad de una universidad con apenas una década de vida lograra destituir a su rectora, me permitió tener vivencias que nunca me imaginé; igual papel jugó el hecho de que mi amigo Manuel fuese consejero universitario, brindándome la oportunidad de conocer otras formas de participación universitaria.



Alicia Estrada, Prolongación San Isidro n° 151, San Lorenzo Tezonco, 2018, Vistas de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México de la UACM del Plantel San Lorenzo Tezonco.

⁵ La Jornada, lunes 18 de abril, 2011, p.31

Retomando mi situación personal, hacia 2008, sin intentar otras opciones, realizo mi inscripción a la carrera de Historia y Sociedad Contemporánea en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), plantel San Lorenzo Tezonco, en Iztapalapa. Ingresé al inicio con muchas ganas y emoción. Realmente, nunca pensé que lograría acceder a estudios universitarios. Pero, por otra parte, considero que es honesto aclarar que aunque logré concluir los créditos de dicha licenciatura, que adquirí herramientas y conocimientos básicos o mínimos, además de un promedio final aceptable, me sentía incompleta, no muy satisfecha. Así, inicié el trabajo de tesis referente al desempeño de las Misiones Culturales, proyecto educativo emprendido por José Vasconcelos, específicamente sobre su incidencia en el municipio de San Felipe del Progreso en el Estado de México, allá por el primer cuarto del siglo XX.

En este proceso tuve un encuentro fortuito, más o menos en cuarto semestre -que es cuando inicia el ciclo superior de la licenciatura-, con una persona que jugaría un papel importante en mi formación académica. Ni él ni yo, sabíamos que cursábamos la misma disciplina, de hecho yo nunca lo había visto, su nombre es Manuel Luna Morales, quien me brindó su acompañamiento durante mi formación universitaria y que fue testigo de los cambios radicales que fui desarrollando durante dicho periodo académico. Fue crítico de mi desempeño escolar, de mis métodos de estudio, de mi manera de ver las cosas, de la manera en que me vinculaba con las otras personas, etc., además de ser factor importante en cuanto al reencuentro con mi identidad.

Se preocupó por fortalecer mi autoestima, me motivaba a participar, a no tener miedo o pena por aclarar dudas en clase, a confrontar a los compañeros y a los propios profesores; igualmente, con trabajo personal y constante, a superar mis deficiencias en el habla y la escritura, a adquirir herramientas de búsqueda en las redes, en archivos, localización de fuentes; también a desplazarme en la ciudad, conocer lugares, medios de transporte, en fin una serie de habilidades que me permitieron ir generando cambios en mi persona. Manuel (2018).

Esto fue importante para mí porque, al menos en el periodo que estuve en la UACM, había muchos compañeros que estaban en su segunda carrera, que tenían experiencia de campo gracias a sus trabajos, que venían de otras universidades en las que no concluyeron sus carreras, muchos de ellos eran militantes políticos y traían una

formación amplia y sólida, aspectos que me provocaban mucha ansiedad porque no me sentía a su nivel.

Para contextualizar la importancia que para mí tuvo el encuentro con dicha persona, describiré de manera general la forma en le conocí y algunas anécdotas vividas durante ese tiempo, tratando de describir aspectos principales de cómo era yo hace algunos años, antes de empezar mi aventura en la Universidad Pedagógica Nacional, la cual considero me cambió el carácter, la actitud, las expectativas profesionales, entre otros aspectos.

Recuerdo que nos conocimos allá por el año dos mil doce, cuando él era consejero estudiantil en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). No lo conocía pese a que estábamos en la misma licenciatura. Al respecto, él comenta que:

Antes solamente me ubicaba como una chica que se distinguía por utilizar abrigo o gabardinas color negro. Siempre a la carrera, cruzaba el comedor para ir o regresar de la biblioteca, ir a sacar copias, o bien, acceder al área de cómputo escolar. Su imagen era muy peculiar. No era amiguera, ni perdía el tiempo, pues al término de las clases volvía a correr para irse a trabajar. Manuel (2018).

Aun estando en la carrera yo era consciente de me faltaban muchos elementos o herramientas para el aprendizaje, por lo que me atrevía a buscar el apoyo o asesoría necesarios. Tal fue el caso cuando requería elaborar un ensayo y tuve que pedir ayuda. A un compañero de otra carrera, Carlos, quien me dio una especie de explicación que – la verdad- no entendí. Le agradecí el apoyo y me fui con más dudas que con las que llegué. Desde el inicio Manuel nos estaba observando hasta que me despedí, al mismo tiempo él también se retira y me da alcance. Me explicó que se sintió motivado a ofrecerme su apoyo porque se dio cuenta que mi amigo me había confundido más.

Recuerdo que fue por el comedor donde me abordó, se presentó y me ofreció su ayuda argumentando que se había dado cuenta de lo sucedido con mi amigo. Yo acepto y de inmediato se dispuso a explicarme, tratando de hacer clara la estructura y objetivos para elaborar un ensayo, además de ayudarme a redefinir el tema y los objetivos del mismo. Al final, le dije que lo había entendido de manera práctica y fácil. Le di las gracias y quedamos que al día siguiente me buscaría para saber cómo me fue con el trabajo.

Al día siguiente él me busco, me cuenta que le había caído muy bien, y mi carácter y sonrisa permanente le agradaban. Yo desayunaba junto con una de mis compañeras cuando me vio. Se acercó para saludarme y me preguntó cómo me había ido con el trabajo. Le contesté que seguí los pasos que me indicó y me resultó fácil elaborar mi tarea. Nuevamente le di las gracias. Entonces se despidió –tratando de no ser impertinente, según dijo-, no sin antes ofrecerme su apoyo cuando lo necesitara. Hasta ese momento supe que él estudiaba Historia, igual que yo.

A partir de ahí empezamos un proceso de acercamiento que nos llevó a conocernos mejor, convivir más estrechamente, apoyarnos mutuamente, entre otras cosas. Este acompañamiento y el apoyo incondicional que me ofreció, me permitió cuestionarlo años después ¿en qué momento empezó a notar los cambios en mi actuar o manera de pensar? En ese sentido manifestó:

Saber que Alice estudiaba Historia marcó el inicio de una amistad –acompañamiento, le llamo yo- durante más de seis años. En ese lapso de tiempo pude ser testigo de una serie de cambios y situaciones que fueron transformando a la Alice que conocía. O sea, a esa chica que estudiaba Historia porque como decía ella, fue lo que se le presentó o lo que se pudo; que era romántica y soñadora en todos los sentidos, que todavía veía al mundo color de rosa, que desparramaba inocencia e ingenuidad –de ahí que mucha gente, sobre todo hombres, quisieran aprovecharse de ella-, que creía en la gente, que era comprometida, luchona como pocas, solidaria y poseedora de una fuerza de voluntad admirable, que venía de un proceso donde fue discriminada, sufriendo burlas y descalificaciones, entre ellos sus propios padrinos, quienes llegaron a limitarla en su desarrollo personal –aunque pese a ello logró ser cinta negra en Tae kwon do-. Así era la Alice de aquellos tiempos. (Manuel, 2018).

Dada la confianza que empezábamos a generar ente ambos, algunas de las amigas de Manuel -que eran muchas- empezaron a cuestionarlo por dedicarle tanto tiempo a una *chava X* -según decían algunas de ellas-, a una “india” que no sabía ni hablar y que por lo tanto era una ignorante, igual lo descalificaban por estar con alguien a quien nadie conocía ni sabían de dónde había salido. Así de extremas fueron las situaciones que pasé en la UACM y que él tuvo que sortear para poder consolidar nuestra amistad. Sus amigas se atrevieron a calificarme de *najayota* (término comúnmente empleado para calificar de *indio* a alguien) buscando denigrarme, descalificarme. Igualmente, cuando

sus amigas nos encontraban en los pasillos, o en cualquier lugar, sólo lo saludaban a él, a mí me ignoraban, me miraban de arriba abajo, no me veían a mí, me daban la espalda, se burlaban entre dientes o rumoraban entre ellas haciendo referencia de mí.

Años después, y comentando al respecto, Manuel me explicaba que sus amigas más bien me tenían envidia, pues era una mujer joven, siempre sonriente, que hacía caso omiso a las actitudes de aquellas. Aunque alguna vez, le dije que me daban ganas de ponerles una buena *calentada*⁶ a algunas de ellas para escarmentarlas. ¡Cosa que nunca sucedió! En ese sentido él me dijo que se le ocurrió comentarles -con toda la intención de calmarlas- que yo era cinta negra en *tae kwon do*. A partir de esto empezaron a ser más discretas y reservadas en sus descalificaciones o burlas. Sus calificativos siempre me parecieron excesivos, irracionales y hasta muestra de su gran ignorancia.

Igualmente importante es mencionar los cambios radicales que se fueron evidenciando en mi persona y ocurridos paralelamente al transcurrir mi formación de historiadora. En este proceso se dan otras situaciones que me fueron ayudando a desarrollar habilidades, competencias, superar complejos e inseguridades, enriquecer mi expresión hablada ampliando mi vocabulario y mejorando mi manera de hablar, según demanda la formación universitaria. Primordialmente, cubrir el servicio social en el Museo Indígena me abrió nuevas perspectivas y aprendizajes que fueron marcando lo que sería mi formación futura: la licenciatura en Educación Indígena en la Universidad Pedagógica Nacional.

Posterior al servicio social, ingresé a CONACULTA, desempeñándome como promotora cultural. Ahí logré posicionarme como una persona trabajadora, responsable, siendo requerida por jefaturas de otras áreas para que les apoyara. Sólo que ocurre algo inesperado, debido a que la coordinadora de logística era compañera de la UACM, ella invita a colaborar a un grupo de *uacemitas*, entre las que se encontraban -¡oh, desgracia!- algunas de las mismas “compañeras” que me discriminaban en la universidad. Sólo que en esta ocasión yo las confrontó, y por mí misma, las pongo en su lugar, luego de que en algún momento intentaran aplicarme su trato discriminatorio. Esto me ganó aún más el respeto del equipo.

⁶ Una *calentada* hace referencia a darles una golpiza.

En dicha institución, en algún momento llegué a ocupar el puesto de coordinadora, por lo que a regañadientes, mis antiguas detractoras tuvieron que tragarse su coraje y recibir órdenes mías. Entre otras cosas –ya con mayor seguridad y aplomo- llegué a coordinar a grupos de personas para ingresar a diversos eventos, dirigir la logística de los mismos; por primera vez me atreví a tomar la voz ante un micrófono y dirigirme a un grupo de personas. A estas alturas ya eran evidentes algunos avances en mi desarrollo personal.

Luego de un par de años, y ya como alumna de la UPN, ingresé a la Secretaría de Educación del CDMX (SEDU), desempeñándome como maestra comunitaria (desde alfabetización y certificación de educación primaria, secundaria y hasta preparatoria) durante unos tres años, labor por la que –pese a cierto temor e inseguridad, inexperiencia laboral en esos ámbitos- llegué a recibir reconocimiento de algunas personas responsables de dicho programa. Aquí, el contacto directo con las comunidades, con grupos vecinales, con líderes barriales, con personas en individual, tanto en la calle como en lugares públicos, desarrollé la autosuficiencia, el carácter, la habilidad verbal, la capacidad de convencimiento, el conocimiento del territorio, la sensibilidad de ver y sentir de manera cercana las carencias y necesidades de la gente de barrios populares, de colonias perdidas, esto es, tener contacto con una realidad que yo –Alicia- anteriormente desconocía; igualmente resulta pertinente mencionar mi trabajo actual –convocatoria de ingreso de por medio- en la Secretaría de Pueblos y Barrios Originarios y Comunidades Indígenas (SEPI), dependiente del Gobierno de la Ciudad de México, desempeñándome como enlace con comunidades indígenas residentes en la ciudad promoviendo programas de apoyo a dichas comunidades; al igual trabajar cuestiones educativas con grupos indígenas a través de la Asociación Civil, todo lo anterior, aunado al hecho de considerar el regreso a mi comunidad para hacer labor educativa, así como asumir mi origen étnico, y por tanto, la reconstrucción de mi identidad, entre otros aspectos, me dejan claro que por fin he logrado marcar un eje profesional, una línea de interés personal que define mi elección por el trabajo educativo y comunitario, y que me motiva a seguirme preparando y consolidar la formación integral que pretendo consolidar.

Por otra parte, cabe mencionar que durante la pasada campaña electoral fui invitada a participar como candidata a diputada independiente por la -todavía denominada- delegación Álvaro Obregón, donde me esforcé como nadie más, en la búsqueda casa por casa, calle por calle, persona por persona, para obtener el voto necesario para el registro

de la planilla. Cosa que -desgraciadamente- no pudo lograrse; igualmente practiqué la actividad educativa -gracias a nuevos vínculos- al ser invitada a participar en una Asociación Civil que trabaja con grupo vulnerables, donde pude continuar con labores educativas con grupos nahuas y mazahuas.

Finalmente, solo me queda señalar -sin vanidades o afanes protagónicos-que lo arriba expuesto es una parte mínima de lo que he podido desarrollar como mujer mazahua, que con todo en contra, pero con voluntad y anhelos de superación, he logrado dejar atrás estigmas, discriminación, deficiencias, carencias, miedos, obstáculos, y tantos inconvenientes más. Tengo claro que un factor relevante para ello tiene que ver con la capacidad de ser autocrítico (a), de sacar provecho de las adversidades, de no dejarse vencer, de enfrentar nuestros miedos, tener la humildad de aceptar nuestros errores y pedir ayuda, estar dispuestos a cambiar, a mejorar, y por tanto, también a ser solidarios y compartir nuestros saberes y experiencias.

Como experiencia personal puedo afirmar que hay quienes individualmente tienen la capacidad para desarrollarse en todos los ámbitos, por lo que es un error compararnos con los demás. Cada uno tenemos un origen, una historia y un desarrollo propio. Los logros y los tiempos son diferentes en cada persona. Pero por otra parte, cuando nos sentimos inferiores, es de agradecer encontrar personas como Manuel, que sin mayor interés que ser solidario y amigo, brindan su apoyo incondicional, propiciando en todo momento: atención, respeto, colaboración, tiempo de acompañamiento, aprecio, solidaridad, entre otras cosas, que al paso del tiempo se han incrementado, formando un equipo en todos los sentidos.

Capítulo 4. El reencuentro con mi identidad mazahua a partir de mi formación en la UPN.

Recién concluidos los créditos de la licenciatura en Historia en la UACM -algo que requirió mucho esfuerzo-, y dejando incluso el proceso de tesis y por tanto la titulación, motivada por nuevos intereses en cuanto a mi formación universitaria y profesional, inicié los trámites para ingresar a la UPN, que se materializó en una oportunidad extraordinaria que amplió el número de aceptados para mi generación.

4.1 Mi decisión de ingresar a la UPN.

Considerando un gran logro haberme incorporado -a mediados de dos mil quince- a la Universidad Pedagógica Nacional en la licenciatura de Educación Indígena, resultó aún más impactante conocer y recorrer las impresionantes instalaciones de la sede del Ajusco que fue diseñada por Teodoro González de León y Abraham Zabludovsky. Me parecía estar en medio de un gran castillo, de una enorme fortaleza. Esa experiencia me hizo sentirme feliz e importante. En términos novelescos me parece que eso sucedió apenas ayer.

Esta institución educativa, fue creada por mandato presidencial el 25 de agosto de 1978, fue cuyo Decreto de Creación señala que la UPN tiene como objetivos “ofrecer, desarrollar y orientar servicios educativos de tipo superior orientados a la formación de profesionales de la educación de acuerdo a las necesidades del país. Una tarea de Estado que requería de una especialización en el sector educativo”.⁷ Al respecto, Bello (s/f, p. 9) es más específico al afirmar que la UPN surge con el objetivo fundamental de apoyar los requerimientos educativos básicos del medio indígena, creando la licenciatura en Educación Indígena (LEI) en 1982, dirigida inicialmente a docentes de ese ámbito y ofreciéndoles una formación como cuadros técnicos a nivel medio que les permitiera incorporarse en áreas administrativas más que a la labor docente. Igualmente, agrega que históricamente, para los anteriores gobiernos, la atención universitaria para los pueblos indígenas sólo se limitaba a abrir carreras que se enfocaran a estudiar diversos aspectos de los pueblos indios. Con esto, se ponía en entredicho la supuesta pluralidad e

⁷ En: ¿Cómo surge la UPN?, tomado de <http://difusionfractal.upnvirtual.edu.mx/index.php/blog/376-como-se-formo-la-upn>

inclusión de las instituciones de nivel superior. Por tanto, concluye el mismo autor, la interculturalidad debe ser el factor que permita dichos cambios (p.8)

En tal contexto, la LEI surge “siendo una de las primeras profesiones indígenas en México” surge de una demanda social y política”. (Rebolledo, 2014, pp.43-45)

Así mismo, se señala que “La universidad está dotada de cierta autonomía administrativa, ya que cuenta con facultades específicas en materia educativa, aunque presupuestalmente dependa de la Secretaría de Educación Pública. El objetivo fue otorgar la profesionalización del magisterio a la UPN mediante una independencia técnica que le permitiera atender los asuntos de especialización con inmediatez, separando tal labor de la entidad educativa federal. Habiendo sido presidida en aquel entonces por Fernando Solana Morales.

Antes de ingresar a esta universidad renegaba de mis raíces mazahua. Esto considero que surge por las experiencias vividas, la convivencia, el maltrato padecido y un gran resentimiento interno que me orilló a encerrarme en mi ignorancia, y me pusiera una barrera para renegar sobre mis orígenes. También es cierto que no tenía conocimiento sobre mis derechos como persona, ni como originaria de una comunidad indígena, mucho menos tenía idea de cómo construir y demandar relaciones equitativas. De igual manera, desconocía el significado e importancia de conceptos como identidad, pueblo originario, el valor de la lengua, etc., lo que reforzaba mi alejamiento de todo aquello que formaba parte de mis orígenes.

Entre otros factores que influyeron en la decisión de ingresar a la UPN, está el hecho de que al salir de la UACM sentía que tenía lagunas y falta de conocimientos, que no había desarrollado herramientas de estudio, que sentía cierta insatisfacción por la formación adquirida, aunque aclaro que no por ello culpo a la institución la cual se ha ido consolidando y cuenta con una planta docente envidiable en esa disciplina. Más bien tiene que ver que con el paso del tiempo, así como por ciertas actividades desarrolladas pude tener mayor contacto y conocimiento sobre la temática educativa y la cuestión indígena. Al término de estudios en la UACM aún tenía miedos, inseguridades, carencias, complejos, no me sentía capaz de competir en el mundo laboral, entre otros factores.



(1)



(2)

Alicia Estrada, UPN Ajusco, Tlalpan, CDMX, 2018. Vistas panorámica y parcial.

Iniciar una nueva experiencia universitaria tuvo su origen en el contacto y experiencias adquiridas por mi contacto con personas e instancias relacionadas con la cuestión indígena y educativa. Por eso, cuando se publicó la convocatoria de ingreso a la UPN, y en especial una carrera como Educación Indígena, me emocionó mucho y despertaba en mí nuevas expectativas. Entre estas, incorporarme al medio educativo y pensar que en algún momento podría incidir en beneficio de mi comunidad de origen me resultaban de gran interés. Fue tanto mi deseo de ingresar a esta universidad, que relegué el trabajo de tesis que venía desarrollando en la UACM. Sin pensarlo, acudí a realizar los trámites de ingreso, logrando cumplir tal objetivo.

Lo anterior fue el inicio que me construí el eje temático que hasta la fecha guía mis acciones, que descritas en el capítulo anterior son muestra clara de ello. Aunque por otra parte, ya estando integrada a la licenciatura elegida se nos aclaró que el currículum y perfil de la misma no pretende formar maestros o docentes en educación indígena, como asesores quienes brindan apoyo eficaz a los docentes en su tarea de enseñanza, en una especie de acompañamiento a aquellos.

En tal contexto, considero que mi desempeño escolar ha sido comprometido, el conocimiento adquirido me ha ayudado de manera personal y en lo laboral. Entre muchos otros aspectos, he logrado resignificar el sentido de mi origen, de lo indígena, de su cultura, de su lengua y creencias, pero sobre todo, de la importancia del concepto de identidad. Luego de un largo proceso de negación de mis orígenes, y por tanto, de mi cultura, comprendí, en parte con ayuda de la formación académica, que era hora de buscar asimilar, reconocer y recuperar las prácticas y saberes ancestrales de mi propia identidad. Entiendo que mi cultura ha desarrollado formas propias de autogobernarse,

de educación, de fomento de su cultura y lengua, de trabajo y de convivencia, aunque admito que existen cosas que no comparto.

4.2 Aprender sobre la importancia de revalorar la diversidad cultural y lingüística.

A lo largo de mi carrera en la UPN y, como parte complementaria de la formación adquirida en la UACM, tuve la posibilidad de aprender y conocer la gran riqueza o diversidad multicultural, pluricultural, multilingüismo y la riqueza artística que existe en nuestra Nación. Para ello, tuve que leer, analizar, comprender las lecturas, con las cuales pude conocer más sobre la cuestión indígena, su problemáticas y parte de mis raíces mazahuas. Dicho conocimiento obtenido, me permitió comprender que el país no hay una sola cultura o Historia única, sino que existen otras. Aquella vivida y construida por los pueblos indígenas a lo largo de los siglos. Pueblos y comunidades que durante largos periodos de tiempo habían sido casi olvidados, padeciendo una grave situación de pobreza, abandono y limitados a sus derechos a la consulta y al consentimiento previo, libre e informado. El caso de nuestro país, es increíble que pese a que México ha suscrito los diversos convenios de protección indígena, y que ha realizado los cambios o reformas constitucionales pertinentes, siga apoyando a empresas tanto nacionales como internacionales, cuyo objetivo de instalarse en zonas de aquellos pueblos, aún contra la voluntad de estos. Para ello, se dan complicidades entre gobernantes y empresas, simulación de consultas, compra de voluntades y hasta actos represivos.

En tal sentido, el artículo de Magdalena Gómez, nos ilustra sobre la situación interna que se vive en la Organización Internacional del Trabajo (OIT), integrada de manera tripartita (representantes de los Estados, pueblos indígenas y empresarios). La autora refiere a las impugnaciones que en la parte empresarial hace respecto “al derecho a la consulta que regula el Convenio 169 de la OIT y que en toda América Latina los pueblos utilizan en sus procesos de resistencia frente al despojo y afectación a sus territorios que conlleva el accionar de las empresas trasnacionales.”

Complementariamente, como estudiante de la UPN es de suma importancia estar informados de los hechos sociales y de sus diversas manifestaciones a lo largo de nuestro país. Los conocimientos adquiridos en las aulas de la universidad me permitieron también revalorar a mis compañeros como: su vestimenta, rasgos físicos, su vida cotidiana, la danza, lo religioso, los diferentes tipos de lenguas y la cosmovisión de

las distintas comunidades indígenas que observaba a lo largo de los semestres y partes de las lecturas que lograba analizar.

Quiero recalcar, que en nuestro país son pocas las instituciones, públicas y privadas, que traten o apoyen los temas de diversidad cultural y lingüística, y mucho menos los programas de gobierno, incluyendo los educativos, que incorporen a personas de origen indígena o tomen en cuenta el punto de vista de éstos para su elaboración.

Por otra parte, debido a la discriminación es considerable el número de personas de habla indígena que viéndose obligados a dejar su lugar de origen, traten de ocultar o evitar el uso de su lengua materna o vestimenta típica. De esta manera son algunos de los propios indígenas quienes han dejado de transmitirla, sustituyéndola por una de mayor prestigio, el español o castellano. Lo cual, directamente, da paso a una aculturación.

En tal contexto, queda claro que eso no fue lo que me pasó. Pero durante los ocho semestres que cursé en la UPN me sentí a gusto ya que había un ambiente en donde algunos compañeros podrían expresarse en su lengua y sin miedo a ser discriminados. Eso me transmitió confianza a que yo me expresara en mi primera lengua materna.

4.3 El acercamiento y revaloración de mi origen mazahua.

Lo aprendido en la licenciatura me ayudó mucho a reencontrar y entretrejer mi identidad, y tener el equilibrio entre lo que es mi cultura mazahua y esta cultura citadina. Lo aprendido en las diversas materias, el trabajo paciente y comprometido de la mayoría de los profesores, así como mi propio interés y empeño, fueron factores que influyeron para que el reencuentro con mi identidad, así como los diversos contextos en que me logré desenvolver, tanto en la universidad, el trabajo y las comunidades con al que conviví. Esos factores me permitieron tener conciencia de quién era, de mis carencias, logros y anhelos. En buena medida, de ahí surgió también el interés por escribir esta historia de vida. Ahora, con toda convicción puedo reconocer y decir, sin pena ni miedo que soy originaria de una comunidad indígena, de la comunidad mazahua, que estoy interesada en reconocer esa cultura y lengua; que he superado prejuicios, miedos, inseguridades, y que como consecuencia me considero una persona muy diferente a la que era hace algunos años.

Los procesos de socialización con mis compañeros de la UPN

Básicamente mi experiencia en el primer semestre de la carrera de Educación Indígena en la UPN me permitió iniciar otra etapa o proceso de aprendizaje y socialización, la cual fue muy interesante y productiva por la convivencia con compañeros, quienes provenían de diversos estados del país y de diferentes grupos originarios. Entre estos había mixes, tzeltales, nahuas, wixáricas, mazahuas, entre otros. Con ellos tuve la oportunidad de aprender muchas cosas. Convivir con ellos me hizo entender que yo había desarrollado ideas erróneas, muy alejadas de la realidad que yo quería ignorar o desaparecer. Me di cuenta que algunos de ellos venían de comunidades muy marginadas de nuestro país, que asumían su origen sin ningún prejuicio, que hablaban muy bien su lengua madre, lo cual me impresionó porque entonces aprender español implicaba el mismo trabajo que aprender inglés o cualquier otra lengua. Claro que había excepciones, pues no faltaba quien pretendiera ocultar su origen y tratar de asimilarse completamente a la cultura citadina.

La dinámica escolar permitía la interacción de estudiantes provenientes de los más diversos grupos originarios, quienes comparten los conocimientos adquiridos en sus comunidades, lo que permite conocer, valorar, socializar y contrastar diferentes concepciones del mundo, valores, intereses, necesidades, formas de convivencia, etc.

Los vínculos que generé con mis compañeros, aunado al conocimiento que iba asimilando, poco a poco me generaba interés por conocer más sobre mis raíces, lo cual se vio reforzado pues en mi grupo encontré otra compañera que venía del grupo mazahua. Cuanto más avanzaba en la carrera, más interés y gusto sentía por lo aprendido. Sin darme cuenta, iba logrando reconstruirme en lo personal, en lo laboral, en lo académico, en lo social, hasta en el aspecto afectivo.

También debo reconocer –sin falsas vanidades- que llegué a desarrollar cierto liderazgo entre algunos de mis compañeros, cosa que nunca imaginé lograr. Me pedían consejo, ayuda en las tareas, que los incorporara a mis equipos de trabajo, etc. Lo anterior era más visible en el ámbito laboral, donde llegué a obtener cierto reconocimiento hasta por parte de mis propios jefes, el apoyo y respeto de mis compañeros, así como gran satisfacción por mí –digamos- nueva imagen. También fue motivo de gusto recibir atenciones y palabras de diversas profesoras y profesores que en la UPN me expresaron su apoyo y su confianza.

Reconozco que la mayoría de compañeros provenientes de pueblos originarios manifestábamos grandes carencias y deficiencias en el manejo de información general, en escritura y lectura debido –principalmente- a problemas gramaticales, y que decir del manejo del español, nuestra expresión verbal daba mucho que desear; igualmente, era evidente la falta de disciplina y herramientas apropiadas de estudio. Seguramente esto implicó mayor dificultad y trabajo para los profesores. Pero, finalmente, resulta grato darme cuenta que la mayoría de mis compañeros logró superarse.

Por lo anterior, considero que algunos profesores –los menos- debieran aportar un mayor esfuerzo para ayudar a los alumnos en su proceso formativo; brindarles más ayuda a los alumnos que requieran atención personalizada, así como tiempo para asesorías; elaborar diagnósticos individuales para atender las deficiencias de cada uno; que el mismo maestro tome en cuenta las sugerencias o cuestionamientos a la dinámica de clase, o al tipo y tiempo exigido para la entrega de tareas; que se preocupe por despertar el interés por la clase, por los temas, dándoles un sentido o utilidad práctica; en concreto, comprometerse de mejor manera con su labor docente, buscando dar resultados óptimos en el aprendizaje de sus alumnos o para dar sentido a nuestro aprendizaje, y no sólo cumplir con exponer una clase y dejar tareas. Aunque en lo particular, también considero que no sólo es responsabilidad del docente, que las expectativas sobre nuestros éxitos o fracasos en cuestiones educativas, dependen principalmente la disposición para aprender de uno mismo.

Igualmente, me queda claro que la mentalidad que la mayoría de estudiantes de la LEI teníamos cuando recién ingresamos, para algunos fue quedando atrás –como fue mi caso- y para otros la robusteció, esto gracias a que el plan de estudios de la UPN nos orientaba hacia una filosofía de compromiso social, cultural y espiritual. Con esta filosofía experimenté distintas mutaciones y conocimientos sobre lo que representa la comunidad, lo que es la discriminación y la falta de educación; además de la certeza que da adquirir conocimiento, y claridad de nuestra realidad, nuestros pensamientos y saberes, y con ello, buscar reivindicar sus orígenes e intereses.

Particularmente, debo reconocer que me resultó difícil asimilar todos los conocimientos impartidos en la universidad, en parte por tener que trabajar para sostenerme, y por tanto, no disponer de tiempo completo para dedicarme de lleno a las labores escolares; además de que me costó cierto trabajo acoplarme a un nuevo contexto de estudios. Es de

señalar que lo aprendido en las aulas me fue útil para construir nuevas reglas de convivencia, de reconstruir parte de mi vida, de mi visión sobre diversos aspectos de la vida comunitaria, de superar prejuicios, de reencontrar y reconstruir mi identidad autonegada.

Otro elemento útil en mi proceso de socialización, además de aportarme herramientas para dirigirme al público, realizar entrevistas, conocer el manejo del equipo en cabina, perder el miedo al micrófono, entre otras actividades, fue el trabajo desarrollado durante el servicio social, el cual estuvo relacionado con la actividad radiofónica, a lo largo de estos seis meses, en el programa “Radio abierta para alumnos de la Licenciatura de Educación Indígena” y que forma parte proyecto de Radio por internet desarrollado en el marco de un convenio de colaboración entre la Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco y la Universidad Pedagógica Nacional UPN, lo cual fue una experiencia de mucha importancia para mí, debido a que me permitió conocer este medio de comunicación, así como su función social y cultural. Además pude vincularme con más personas de mi región y de otras culturas y saber que este tipo de medio de comunicación puede ayudar a resolver algunas problemáticas que enfrentan los grupos indígenas. Por otra parte, se despertó mi interés por aprender la elaboración de guiones, producción de prácticas de locución, y diseño y producción de programas, pláticas de entrevistas, planeación, producción, presentación pública de programa de radio, realización, organización y locución.

Otro punto importante en esta actividad fue trabajar y convivir con niños en talleres y escribir en su lengua, además de compartir conocimientos con compañeros de servicio social de otras carreras.



Alicia Estrada, UPN Ajusco. (2018). Compañeras de la Licenciatura Educación Indígena.]

A manera de conclusiones

Entre los pueblos indígenas existen prácticas valiosas entre sus integrantes, pero desde mi experiencia personal, también se dan acciones equívocas que no apoyan la crianza de los hijos. Por ejemplo, mientras se practican ciertos valores culturales que fortalecen los vínculos colectivos, en el ámbito familiar, tanto mujeres como niños, llegan a padecer abandono, falta de atención y apoyo, como fue mi caso, motivo por el que tuve que dejar la escuela entre los ocho y nueve años edad.

En cuanto al ámbito educativo nivel institucional, se fortalece la castellanización de niños indígenas, sin propiciar el rescate de su lengua, cultura o tradiciones, además de que los programas de educación básica pretendieron homogenizar, sin ofrecerles una educación pertinente a su entorno social.

Por otra parte, y al paso del tiempo, me di cuenta de que la situación de pobreza y desigualdad social que afecta a la mayor parte de pueblos y comunidades, orilla a que, como en mi caso, dejar inconclusa mi educación primaria, a emigrar de mi lugar de origen y empezar a trabajar pese a mi corta edad, buscando apoyar o mejorar mi situación personal y la de mi familia. Aunque admito que haber desarrollado una cultura de trabajo, y haber logrado autonomía e independencia, esto ha sido muy difícil, pero también me ha brindado satisfacciones. Mientras el trabajo me permitió independencia económica e incluso poder apoyar a mi familia, estudiar me permitió reencontrarme con mi identidad mazahua, con mis orígenes, con la lengua de mis padres y mis abuelos. ¡Esto es, reconstruirme a mí misma!

Creo que todo ser humano que reflexiona sobre su pasado, su presente y se interroga acerca del contexto que le rodea, es capaz de cambiar su forma de vida, de concretar objetivos, de darle sentido y utilidad a sus acciones. Pero eso no basta, también hay que mostrar fuerza de voluntad, coraje, compromiso, esfuerzo y claridad de objetivos. Sólo así le daremos sentido a nuestra existencia. Reflexionar sobre todos esos aspectos fue determinante en la decisión de realizar un trabajo autobiográfico, el cual me permitió traer a mi memoria, plasmar y compartir muchas vivencias, cosa que nunca había hecho, pero que de alguna manera ha sido liberador pues me ha permitido quitarme una especie de carga en mi vida. Lo aquí expuesto me hizo vivir en dos mundos diferentes, uno en la vida en la comunidad, y el otro, en la vida urbana de la ciudad. Dos espacios confrontados, en valores, formas de vida, trabajo, creencias, lengua, etc. Tal situación

presentó muchas dificultades para mí, desde discriminación, rechazo, burlas, agresiones, falta de apoyo o solidaridad, pero a pesar de ello, el deseo de mejorar, de superar nuestra precariedad, de apoyar a los nuestros, representan un motor que nos impulsa a lograr nuestros objetivos. Para mí, esta es la gran lección. Ahora que me encuentro en este camino de **reencontrar mi identidad Mazahua**, estoy obligada a darle un nuevo sentido a mi manera de pensar, a dar un sentido a mi formación y experiencia laboral, a ser congruente con lo que he aprendido y quiero poner en práctica, buscando ser fiel a lo que hace mucho tiempo dejé de ser: una mujer de la cultura mazahua.

Pese a la creación de dependencias especializadas, de diversas normatividades emitidas -tanto nacionales como internacionales-, y a la variedad de acciones emprendidas por diversos gobiernos en México, en el sentido de erradicar la discriminación y los actos racistas, resulta que en los hechos son más que comunes las prácticas sociales que manifiestan rechazo, descalificación y burla, así como falta de respeto a los derechos de personas de origen indígena, cuestionando desde su manera de vestir, de hablar o por "su ignorancia". Esto sucede cotidianamente en todas las ciudades o zonas urbanas del país.

Insisto en que pese a que constitucionalmente todos tenemos los mismos derechos, pareciera que hay personas de primera y de segunda clase, que vivimos en dos mundos diferentes. El urbano y el rural. Esta diferenciación confronta dos formas de pensar y de ser, de ver el mundo, de hablar y creer. Por ello, resulta penoso -y esto lo confirmo a diario por mi trabajo en comunidades indígenas residentes en esta ciudad- ver a mixtecos, triquis, mazahuas, nahuas, entre otros, llegar al extremo de negar su origen, de evitar expresarse en su lengua materna, de tratar de vestir lo más urbano posible y hasta afirmar que no les interesa regresar a sus comunidades o pueblos.

Esa misma discriminación aún es manifiesta en lugares como el Ministerio público donde por ley se debiera contar con intérpretes de las diversas lenguas. Lo cual no se ha generalizado, y por tanto, persisten las injusticias contra personas que no se pueden defender porque no hablan el español. Resulta indignante saber que haya un número considerable de indígenas en muchas cárceles del país por ese motivo.

Lo mismo aún prevalece en los diversos espacios educativos a lo largo del país, en los que, desde niños de primaria hasta universitarios, manifiestan acciones discriminatorias,

y donde tal situación se agrava cuando se reprocha o cuestiona la situación económica del "otro", que es o parece ser pobre.

Precisamente el ámbito escolar es uno de los lugares donde más es visible lo que Tovar y Avilés (2005) denominan pluralismo cultural, entendido como "una situación en que las culturas originarias sufren la exclusión y asimetría en las relaciones establecidas con la cultura dominante".

Desde mi punto de vista -y coincidiendo con dichas autoras-, en este momento en el que impera la globalización en todos los niveles, la cual pretende homogenizar gustos, necesidades, intereses, educación, etc, muchas instituciones de nivel superior se preocupan por dar ese viraje a sus programas de estudio para responder a las necesidades del mercado laboral, pero -lamentablemente- no observo que en sus currículos incorporen el enfoque intercultural. Con esto, estimo que muchos estudiantes universitarios indígenas quedan fuera de la posibilidad de acceder a una educación moderna, pertinente -en buena medida por contar con una formación escolar deficiente e insuficiente, para acceder a dichos niveles- a la cual también tiene derecho.

Es una realidad que en México, que pese a que el concepto de multiculturalidad está plasmado en nuestra Constitución, los actos discriminatorios hacia el indígena son cotidianos. Culturalmente no estamos preparados para establecer vínculos de igualdad en un entorno de diversidad. Resulta paradójico que mientras en exposiciones nacionales e internacionales se rinden honores y se manifiesta "orgullo" por nuestras raíces indígenas, en los hechos abusemos de ellos, los rechacemos, y hasta nos avergoncemos de su presencia

En tales circunstancias, estamos ante diversas manifestaciones de discriminación racial, la cual es un problema estructural y cultural que ubica al indígena como sinónimo de atraso, de ignorancia, lo cual ha sido fomentado por el propio Estado al solo proponer programas educativos de carácter asimilacionista. Por eso, personalmente pienso que pasarán décadas para que exista un cambio en la precepción social y gubernamental respecto a los pueblos indígenas. Será una labor ardua y de mucha insistencia, de toma de conciencia para hablar de una verdadera igualdad y equidad social.

Lo anterior se refleja cuando observamos que la supuesta revalorización y recuperación de las lenguas indígenas, de su cultura sólo se lleva a cabo de manera marginal por parte

del Estado, con lo que se demuestra que esas acciones son mera simulación, pues su incidencia y logros son escasos. Con esto resulta cuestionable el gasto destinado a diversas instituciones que supuestamente desempeñan esa labor.

En esas condiciones, tengo la certeza de que nuestra formación universitaria nos compromete, a poner nuestro granito de arena para generar y promover una educación incluyente, intercultural, y por tanto enriquecedora; a prepararnos para ser mejores profesionistas; a exigir a Estado mayor compromiso en sus acciones y programas respondiendo de mejor manera a las necesidades y demandas de la educación y población indígenas.

REFERENCIAS

- Arizpe, L. (1975). *Indígenas en la Ciudad de México. El caso de las 'Marías'*, México: SEP; Diana
- Baranda, M. y García L. V. (1986). Bibliografía comentada del Estado de México. *Revista Secuencia* (4) 78-101.
- Barrón, M. (2006), *Violencia*. Argentina: Brujas.
- Bonfil, G (2004). Historias que todavía no son historias. En Moreno, A. (coord.) *Historia ¿para qué?*, (pp. 227-24). México: Siglo XXI.
- Colín, M. (1963). Bibliografía General del Estado de México: vol. 3. México: UAEX.
- Craven, M. (2002). *Las mujeres y el desarrollo humano*. Barcelona: Herder
- Domínguez, F. (2013). *La comunidad transgredida: Los zoches en Guadalajara. Un estudio entre indígenas urbanos*. Guadalajara: UACI.
- Garay, G. de (2013). *Cuéntame tu vida. Historia oral: historias de vida*. México: Instituto Mora.
- Gaskins, S. (2010). La vida cotidiana de los niños en un pueblo maya: un estudio monográfico de los roles y actividades construidas culturalmente. En L. de León Pasquel (coord.) *Socialización, lenguajes y culturas infantiles: estudios interdisciplinarios*. (pp. 37-76) México: CIESAS.
- Giménez, G. (2010). *Cultura, Identidad y Procesos de Individualización*. México: Instituto de Investigaciones Sociales.
- Gómez M. (1995). Lectura comentada del convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en Derechos Indígenas, Instituto Nacional Indigenista (INI), México.
- González, F. (2005). *Estudio socio-demográfico de los pueblos y comunidades indígenas del Estado de México*. México: Colegio Mexiquense.
- Larrosa, J., Arnaus, R., Ferrer, V., Pérez de Lara, N., Connelly, D., Clandinin, F., Greene, M. (1995). *Déjame que te cuente: ensayos sobre narrativa y educación*. Barcelona: Laertes.
- López, V. (2017). *La importancia de rescatar la identidad cultural, ante un mundo globalizado*. México: Universidad del Valle del Mezquital.
- Loyo, E. (2003). *Gobiernos revolucionarios y educación popular en México, 1911-1928*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.
- Maalouf, A. (1999). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza.
- Martí, C. Armando. (s/f). Contrapunteo Etnológico: El debate aculturación o transculturación desde Fernando Ortiz hasta nuestros días. [Fecha de consulta: 10 de mayo del 2019] disponible en: Kalathos.Metro.inter.edn/kalathos_mag/publications/archivo9_vol4_nº2.pdf.

- Martín, E. y Solé, I. (2007). El aprendizaje significativo y la teoría de la asimilación. En Coll, César, Jesús Palacios y Álvaro Marchesi. *Desarrollo psicológico y educación*. Alianza, Madrid.
- Norman K. e Yvonna, S. (2011). *El campo de la investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa.
- OIT-ONU. (2014). La OIT y ONU- Mujeres felicitan a Marcelina Bautista por el premio por la igualdad y la No discriminación 2013 que otorga CONAPRED. *PERSEO*. (15), 1 Comunicado de prensa. Recuperado de <http://www.pudh.unam.mx/perseo/la-oit-y-onu-mujeres-felicitan-a-marcelina-bautista-por-el-premio-por-la-igualdad-y-la-no-discriminación-2013-que-otorga-conapred/#more-7726>.
- Petit, J. (2003). *Migraciones, vulnerabilidad políticas públicas. Impacto sobre los niños, sus familias sus derechos*. Santiago de Chile: CEPAL, ECLAC.
- Rebolledo, N. (Coor). (2014). La formación de profesionales de la educación indígena: memorias, crónicas y voces de los formadores. México: UPN.
- Rogoff, B. (1993). *El desarrollo cognitivo en el contexto social*. Barcelona: Paidós.
- Ruíz, D. (2001). *Cuéntame tu vida: compendio de discursos autobiográficos*. México: UPN.
- Sieglin, V. (2008). *Migración, interculturalidad y poder*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León. (p. 185- 186).
- Taylor, S. y Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación: la búsqueda de significados*. Barcelona: Paidós.
- Tepichin, Ana M. (2011). *Género en contextos de pobreza*. México: El Colegio de México.
- Thompson, P. (2003/2004). *Historia, memoria y pasado reciente*. Anuario n° 20. México: HomoSapiens.
- Tovar, M. y Avilés V. (2005) Discriminación y pluralismo cultural en la escuela. México. *Discriminación y pluralismo cultural en la escuela. Casos de Brasil, Chile, Colombia, México y Perú*. Vol. II, UNESCO, Santiago de Chile.
- Valdés, M. (s/f). La vigencia del concepto de la Aculturación: alcances y limitaciones. (s/l) (s/e) [Fecha de consulta: 10 de mayo del 2019] disponible en: <http://www.mapunet.org/documentos/mapuches/aculturación.pdf>.
- Vela, E. (2012). *El derecho a la igualdad y la no discriminación en México*. México: Suprema Corte de Justicia, Tribunal Electoral y IEDF.
- Villoro, L (2004), Historias que todavía no son historias. En Moreno, A. (Coord.) *Historia ¿para qué?*, (pp. 34-52). México: siglo XXI
- Yhmoff, C. (1979). El municipio de San Felipe del Progreso a través del tiempo. En *Enciclopedia del Estado de México*. (pp. XX-XXI). México: Biblioteca del Estado de México.